

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 26.—SÁBADO 28 DE JUNIO DE 1854.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

SOBRE INCENDIOS EN MADRID.

Entre los varios incendios que casi diariamente se han sucedido en Madrid de algun tiempo á esta parte, el mas importante y lamentable ha sido el que tuvo lugar el lunes 16 en un almacén de maderas contiguo á la Iglesia Parroquial de San Lorenzo, que comunicándose instantáneamente á esta, ha producido en ella y en otras casas inmediatas considerables pérdidas y deterioros.—Esta funesta ocurrencia, por su importancia relativa con las anteriores de igual género, ha llamado generalmente la atención del vecindario de Madrid, y de la prensa periódica hácia la frecuencia de semejantes desastres, y escitado el celo de los hombres pensadores, no solo para averiguar las causas que pueden producir aquellos, sino tambien para discutir y proponer los medios oportunos de neutralizar ó aminorar sus desgraciadas consecuencias.

Entre aquellas primeras se ha dicho, y no sin razon, que debia procurarse que en Madrid como en toda ciudad populosa y bien administrada, estuviesen prescritos detalladamente los sitios y condiciones con que hubieran de tolerarse los establecimientos graduados de peligrosos ó ocasionados á incendios, explosiones, hundimientos, ruidos, malos olores, y demás que pueda afectar á la seguridad y á la salud pública, aplicándose para ello el código de cómodo é incómodo, que rige en París, ó por lo menos llevándose á efecto con todo rigor los artículos que tratan de esta materia en las Ordenanzas de policía urbana formadas por el Ayuntamiento de Madrid, y publicadas en 16 de noviembre de 1847.—Pero estas Ordenanzas que por entonces ocuparon la atención de la Municipalidad y las columnas de la prensa periódica, han pasado ya como el calendario del año anterior, y con absoluto olvido de ellas y de los demás acuerdos y disposiciones vigentes, vemos darse licencias para nuevos hornos, frías, molinos de chocolate, tahonas, fábricas, almacenes de madera y demás, no solo en los sitios designados impropriadamente como arrabales, sino en los mas centrales poblados y obstruidos de la villa, y dejarles después funcionar á su arbitrio sin las mas mínima cortapisa ó precaucion de parte de la autoridad municipal.—A esta mal tenida tolerancia, al abandono con que tambien se mira el cumplimiento de los bandos y de dichas ordenanzas sobre limpieza de chimeneas y fogones, venta de fósforos, espíritus, y materias inflamables, uso de luces sin farol en las cuadras y pajares y otras causas materiales, se añade por algunos, (para explicar el notable aumento de incendios que en los años últimos y el actual se ha observado en Madrid respecto á los anteriores) otra no tan clara ni demostrable, aunque muy debatida y agitada en otros países; pero que en el nuestro se presenta como nueva y desconocida, es á saber, la institucion de las sociedades aseguradoras de los efectos muebles, que por su misma índole de variables y consumibles no ofrecen una garantía tan fija como los inmuebles ó fincas.—Cuestion es esta muy delicada y digna de ser debatida por su inmensa trascendencia en la moralidad y seguridad pública; pero para entrar en la cual no estamos preparados ahora, ni aunque lo estuviéramos, entraríamos en ella de una manera incidental.

Esto se ha dicho y comentado en cuanto á las causas de los incendios: en cuanto al remedio de ellos, tambien se ha alzado una voz unánime para llamar la atención del gobierno y de la municipalidad sobre la falta de unidad de concierto y de medios que ofrece en tales casos la administracion pública, á cuyo cargo está el deber de disminuir en lo posible las desgraciadas consecuencias de aquellas catástrofes. Y á la verdad que el espectáculo de perplejidad, de confusion, y de desastre que ofrecieron el dia 16 las inmediaciones de la parroquia de San Lorenzo, y que se repite por desgracia en los demás casos de esta naturaleza, no es para dar una alta idea de nuestra cultura ni del grado de perfeccion de nuestra administracion local. No sirve para disculparle ó hacerle olvidar en parte el contraste alhagüeno que ofreció el celo de las autoridades y arquitectos de la villa, el heroismo de los trabajadores y del vecindario, los auxilios voluntarios prestados por la sociedad de seguros, la del camino de hierro, y las tropas de la guarnicion. Todos estos son episodios dignos de encomio en aquellos terribles cuadros, pero que faltos de concierto y unidad, van á perderse infructuosos en aquel espectáculo de dolor.

Las disposiciones que rigen para casos de incendio señalan al alcalde corregidor la autoridad para cuidar de que sean cortados y apagados poniendo á sus órdenes todo el servicio y tropas; pero en Madrid donde ademas del supremo go-

bierno, hay un capitán general, un gobernador político, otro militar, un subdelegado, diez tenientes de alcalde, comisarios de policía etc. raro es el caso en que en momentos angustiosos no se promueven conflictos, no se debaten pareceres encontrados, no se dá lugar á pugna de celo ó de representacion de autoridad. Los arquitectos de la villa son los encargados de la direccion facultativa de los trabajos, por este orden, primero el del departamento donde es el fuego; segundo su compañero; después el de fontanería; luego el de la sociedad de seguros; y á sus órdenes se ponen todos los operarios. Estos son los dependientes de las limpiezas y bombas de la villa, los maestros albañiles y carpinteros de obras de afuera; los mozos de cordel ó ganapanes, los aguadores con sus cubas, todos los cuales están obligados á asistir luego que oyen tocar á fuego. Añádase á esto los celadores y municipales, los serenos y la tropa que todo viene á ponerse á las órdenes de la autoridad municipal, y de este caos de confusion, de todas estas diversas y encontradas procedencias, de todos estos elementos de accion tiene que establecerse arrebatamente y segun se van presentando los detalles, un plan adecuado para la direccion de los trabajos, la estincion del incendio, el salvamento de personas y efectos, el orden y seguridad general.

Para atender á todo esto, ademas de los ya dichos auxilios personales, dispersos é incoherentes, cuenta la autoridad municipal con algunas pocas bombas de la villa, con una de la sociedad de seguros, y los demás útiles con que quieren favorecerla los cuerpos facultativos.—Pero ni aquellas son bastantes, ni distribuidas como debieran en distintos puntos de la poblacion, ni su construccion, ni estado son los mejores, ni pueden llenarse y funcionar rápida y potentemente como debian, ni estan dotadas siquiera del suficiente número de operarios, para servirlos, habiendo muchas veces que proceder á embargos ó levas forzosas de los transeuntes para aplicarlos á aquel trabajo, y renunciar otras á él por su infructuosidad absoluta. Tampoco existen mangas de seguridad para el salvamento de las personas, aparatos ingeniosos para el de los efectos ni demás útiles que se aplican con grandes ventajas en otros pueblos; y si aquí se salvan las vidas, si aquí se conservan los efectos, si aquí en fin, se extinguen los fuegos con mas prontitud que pudiera esperarse de aquellos elementos negativos, es debido sin duda al celo personal de autoridades y funcionarios, al heroismo de los trabajadores, de la tropa, y á la moralidad y conciencia del vecindario.

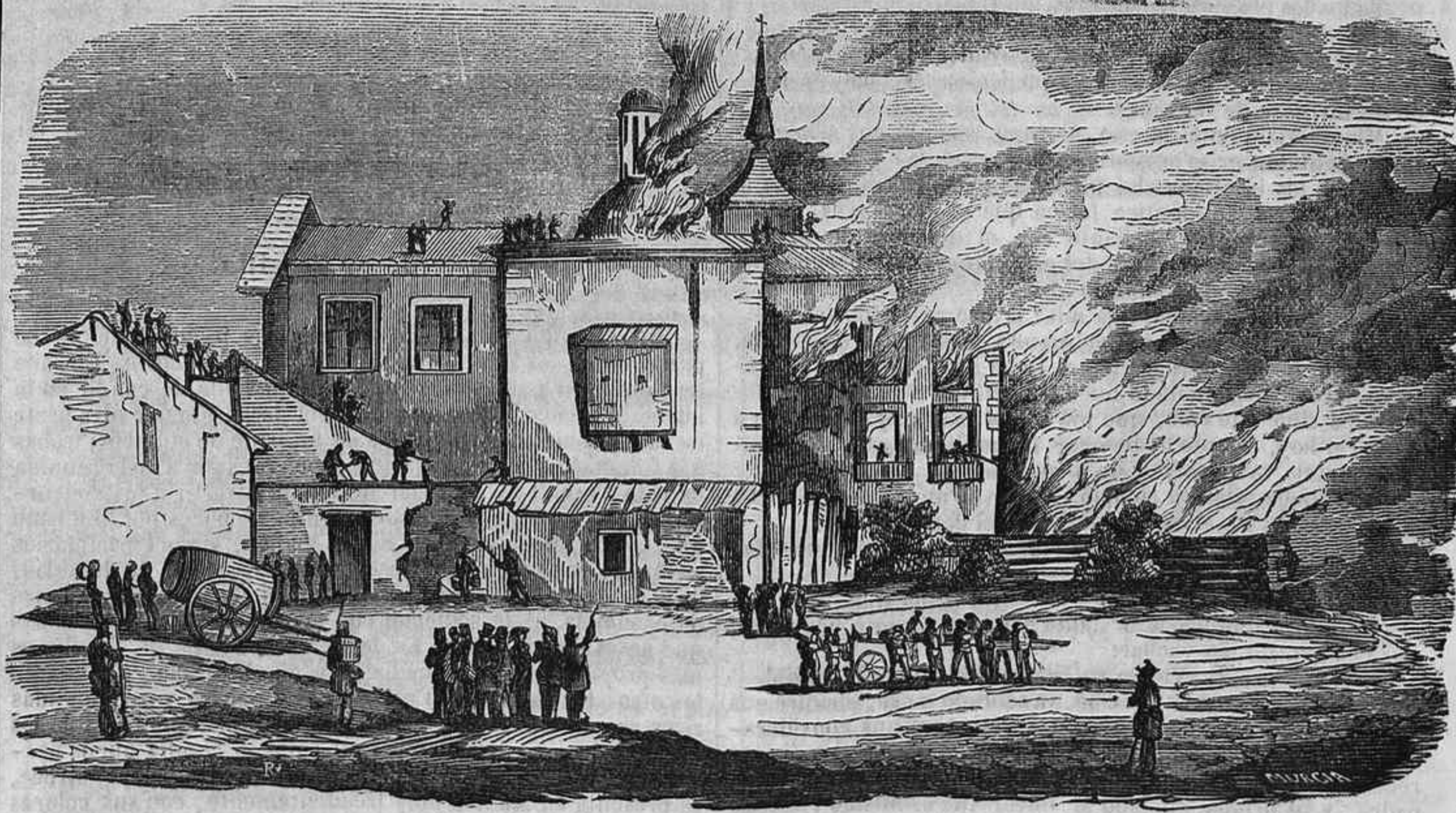
Todo esto, sin embargo, no es bastante para dejarlo correr así sin procurar por lo menos coordinar, y dar direccion

á aquellos buenos instintos; y con este motivo, no podemos menos de recordar las diversas ocasiones que desde la estincion de la compañía de bomberos de la milicia nacional, se ha propuesto al ayuntamiento la formacion de otra especial destinada al servicio de los incendios, y la adquisicion de las bombas y útiles necesarios para tan importantísimo objeto. Llamaremos especialmente la atención de la municipalidad sobre el reglamento que por acuerdo suyo trabajó y presentó en principio de 1848 el concejal don R. Mesonero Romanos, en union con los dos Ingenieros Sres. Campo y Mugartegui, por comision especial que les confió el señor gefe político y alcalde corregidor conde de Vistahermosa; y que ya sea en los términos propuestos en aquel ó en otros mas convenientes, se determine la formacion de un cuerpo especial de bomberos y zapadores, no con el lujo y aparato que el que costea la villa de París, sino con la sencillez y los medios propios de nuestra localidad; pues es realmente chocante que la capital del reino esté en este punto menos apercebida que las de provincia, Barcelona, Granada, Valencia, y otras que costean cuerpos semejantes. Igualmente que trate de adquirir las suficientes bombas perfeccionadas y situadas lo menos en cuatro puntos extremos y uno central de la poblacion, ensayando el uso de mangas y aparatos de salvamento y demas aplicaciones reconocidas ya por útiles y esperimentadas. A nuestro entender y al de toda la poblacion, ningun sacrificio que se destine á esta importantísima aplicacion del servicio público, es oneroso, tanto mas cuanto que por los medios propuestos en aquel reglamento que dejamos citados, ú otros que pudieran escogitarse, tenemos la conviccion de que dichos sacrificios no son de consideracion y pueden soportarse fácilmente.

REVISTA DE MADRID.

El dia de san Juan, á las seis de la mañana, veíase á la puerta de una de las parroquias mas escéntricas de la capital, una doble fila de carruages de muy diferentes épocas, formas y clases; pero no habia entre los veinte que formaban el grupo ni uno solo de los llamados particulares: todos pertenecian al gremio de los simones, ó á la categoria de los Moore, que van usurpando el puesto de aquellos, y haciendo olvidar hasta su nombre.

Los que transitaban á hora tan matutina por el solitario barrio, se detenian á contemplar un espectáculo poco co-



Incendio de la Iglesia de San Lorenzo.

mun allí; y la turba multa de los curiosos y de los chiquillos, espectadores obligados y naturales de todas las escenas públicas, respondía oficiosamente al que les interpellaba:

—Es una boda, caballero, es una boda de lujo.

Los mas, oída esta respuesta, pasaban de largo: los menos, llevando adelante su curiosidad, entraban en el templo á conocer á los esposos, que prometían ser gente rica por el rumbo que en su casamiento ostentaban.—La novia era una jóven, una niña de 13 años, de prodigiosa hermosura: un vestido negro de seda, una rica mantilla de encaje blanco, y un magnífico aderezo de perlas y brillantes, realzaban extraordinariamente su belleza virginal: de rodillas delante del sacerdote, con la cabeza inclinada sobre el pecho, rodaban de sus ojos dos lágrimas, no de dolor, sino de gratitud y alegría.—El novio, arrodillado también junto á ella, representaba unos 32 á 34 años; su rostro tostado sin duda por el calor de los trópicos, revelaba tanta decisión como energía; su mirada penetrante, su frente espaciosa, hacían adivinar en él un hombre de corazón y de talento. Algo de ridículo había en su figura, porque encerrada esta en un traje completamente negro y en una corbata completamente blanca, carecía de soltura y de elegancia: conociase que el individuo en cuestión vestía por primera vez el frac y el pantalón de sociedad,—tan embarazado estaba con sus nuevos atavíos,—su cuello tieso, sus manos agarratadas en los guantes, su cuerpo estirado y recto, como si llevase corset, todo le daba la apariencia del maniquí de un sastre.—En cuanto á los padrinos, testigos y parientes, esparcidos por la iglesia, es imposible imaginar conjunto mas extraño y al tiempo mismo mas pintoresco: allí se veían todos los colores del arco iris,—desde el verde gay al púrpura;—todas las modas del presente siglo,—desde el sombrero de copete hasta la mantilla de muselina blanca;—todos los adornos femeninos—desde el ramillete de flores que coronó algun día de san José una fuente de huevos-hilados, hasta la *marmota* ó barbillón de estambre encarnado, que hizo furor allá por los años de 1833.—Había viejos, jóvenes y niños; y entre todos descollaba una anciana casi paralítica, que con los ojos fijos en la pareja conyugal, derramaba dulce y abundoso llanto.

Cuando la ceremonia se terminó y bajaron del altar los dos esposos, hubo una escena tiernísima: la novia se arrojó en los brazos de la anciana, que era su abuela, y después fué abrazando sucesivamente á las cincuenta ó sesenta personas que componían la comitiva nupcial. Luego púsose esta en marcha hacia la calle, y ocupó los desvencijados vehículos, arrojando desde ellos monedas de cobre, y algunas de plata, á los mendigos y á los muchachos.—Una voz fuerte é imperiosa gritó:

—¡A la fonda de Perona!

Y á esta orden del novio, comenzó lentamente su movimiento el convoy matrimonial, dirigiéndose hacia los barrios del centro.

Nosotros, testigos casuales también de tan suntuosa boda, pedimos noticias á cierto chisgaravis que la echaba de bien informado, y hé aquí la curiosa é interesante historia que nos contó:

En una de las mas frias y desapacibles mañanas del mes de febrero último, entre las infinitas gentes que acudían al Monte de piedad en busca de algunas monedas, á trueque de sus galas ó de sus joyas, veíase á una pobre niña pálida, flaca, y mal vestida, que abrigaba sus manos en los bolsillos de un delantal de percal viejo: dos ó tres veces preguntó á sus vecinos con angustia la hora que era, y otros tantos suspiros exhaló al escuchar su réplica.

—¿Pero no abren? solía añadir con desesperación.

—¡Pronto, pronto! le contestaban sus *ad-láteres* sorprendidos no menos que de su hermosura, de la expresión de dolor que sombreaba su purísimo semblante.

Al cabo dieron las diez, y comenzaron las operaciones: la jóven se lanzó la primera, empujando á uno, suplicando á otro, desliziándose entre los demás con una fuerza nerviosa; y al llegar al empleado del Monte, sacó del seno un antiguo reloj de oro, guarnecido de brillantes, y se lo entregó.

—Hija mía—dijo aquel con afabilidad—vuelva usted mañana; hoy es día de desempeño.

—¡Mañana! exclamó la niña exhalando un grito de angustia; ¡mañana! ¡Y mi abuela que no puede esperar; que se muere de debilidad, de frio, y de calentura!

Todos los presentes, hasta los mismos acostumbrados diariamente á escenas análogas, se sintieron llenos de compasión; tan patético, tan natural, tan desgarrador era el acento con que la jóven había pronunciado aquellas frases, acompañadas de un torrente de lágrimas.

Mientras, un hombre alto, moreno, vestido con chaqueta azul y pantalón gris, presentaba una papeleta, y después de satisfacer los intereses del préstamo, recibía un reloj de la propia fecha y de idéntica forma que el de la niña. Enjugando esta entonces su llanto con el delantal de percal, comenzó á bajar la escalera del edificio, seguida por el individuo de quien hemos hablado antes.

—¿Es usted huérfana, hija mía? la preguntó con interés.

—Sí señor; no tengo en el mundo mas que á mi abuela, anciana y paralítica. Hasta ahora la he mantenido con mi trabajo; pero hemos agotado nuestros últimos recursos; no nos quedaba sino este reloj, que fué de mi padre, y se niegan á recibirlo hoy, cuando no tenemos fuego ni pan en casa, cuando la abuela va á morir de necesidad!

Y la infeliz criatura rompió á llorar de nuevo: una lágrima sulcó también las atezadas mejillas del desconocido.

—¿Me permite usted que la acompañe? dijo después dominando su emoción.

La jóven le dirigió una mirada escudriñadora; pero leyó en el rostro de su interlocutor tanta nobleza y tanta honradez, que le contestó sin vacilar:

—¡Venga usted! ¡Venga usted!—¡El cielo nos le envía!

Para abreviar esta relación, ya sobrado larga, añadiremos que el desconocido regresaba de América con una considerable pacotilla, que había hecho en cuatro años; sus únicos recursos para aquel viaje fueron el empeño del reloj de su padre, y su primer cuidado al volver fué asimismo rescatar aquella alhaja, que un amigo había cuidado de conservar en el Monte durante su ausencia, pagando los intereses.—En fin,

de este principio de simpatía entre el indiano y la jóven, nació un amor y una estimación recíprocos; y ellos eran los que se casaban con tanta pompa y solemnidad el día de San Juan por la mañana.

Otra anécdota de muy diferente índole se ha referido en el salón de conferencias del Congreso, en los círculos, y en los cafés.—Hay en Madrid cierta condesa tan linda como caprichosa, que se pasea todas las noches por el Prado dulcemente dormida sobre los blandos almohadones de su lujosa carretela. Uno de sus adoradores la reprendía últimamente semejante escentricidad.

—Es fácil que la roben á usted durante su sueño;—añadía para justificar su reprobación.

—¡Fácil! ¡Cuando el carruaje vá andando, y cuando mis dos criados ocupan el pescante!

—¡Facilísimo!

—¡Imposible!

—Hagamos una apuesta: ocho onzas de oro á que en el espacio de una semana la robo yo á usted algo cuando vaya dormida.

—Acepto; y si de hoy en ocho días no he sido robada, tendrá usted que pagarme sin remedio.

El marqués de X... no se dió mucha prisa á adoptar su oficio de ladrón, queriendo distraer la vigilancia de la bella dormilona; pero precisamente la víspera del término fatal fué al Prado á caballo, y acechó el instante del sueño de la condesa, la cual, según costumbre, llevaba un precioso ramillete en la mano. Entonces, poniendo su acazo al paso, arrancó suavemente las flores de entre los dedos que las oprimían, y estampó sus labios sobre ellos.—La condesa despertó dando un grito; pero no pudo conocer quién era el atrevido que huía á escape llevándose su ramillete.

A la mañana siguiente, el marqués se presentó á confesar su victoria.

—He perdido,—dijo la hermosa dama sonriéndose, y voy á pagarle á usted!

—Señora,—repuso galantemente el marqués—yo soy quien no tiene con que pagar á usted el valor de lo que la he robado.

Desde entonces, por miedo á los ladrones, la condesa no ha vuelto á dormirse en su carruaje.

Los periódicos de París continúan proporcionándonos las mejores noticias para nuestras revistas, y últimamente nos han traído la descripción de una amenísima y brillante fiesta que ha dado en aquella capital la condesa del Montijo.—No era uno de los deliciosos bailes á que en Madrid nos tiene acostumbrados la amable y distinguida señora; era eso, y era mucho mas; era una reunión á que asistían la flor de la aristocracia parisiense, y muchos españoles notables, y en que debían ejecutar bellas y pintorescas danzas Petra Cámara y sus demas compañeros de expedición.—La saladísima macarena ejecutó el *Ole*, la *Manola*, y el *Juleo de Jerez*; la hija de Ruiz bailó el Vito sobre una mesa; y en fin, la Buena—á quien llaman los franceses el *hada de los piecitos*—hizo alarde de su gracia y de su belleza en otros pasos, que á todas valieron una verdadera lluvia de flores, y una tormenta de aplausos.

Otra cosa les ha valido igualmente á los bailarines españoles el sarao de la condesa de Montijo: el honor de presentarse en el gran teatro de la ópera el 18 del corriente, donde obtuvieron igual entusiasmo é iguales ovaciones que durante veinte noches habían obtenido en el del Gimnasio.—La expedición coreográfica marcha ahora á Londres, y la deseamos allí muchos laureles y muchas libras esterlinas.

Mientras en Madrid nos quedamos completamente sin teatros, como no ha sucedido ningun estío; el Instituto y el Circo, únicos abiertos todavía, se cerrarán en breve; y la gente que no se mueva de la corte, no tendrá otro recreo que las verbenas, ni otro placer que los baños,—si la abundancia de aguas lo permite.—La estación, pues, según las señas, se presenta agradable y variada; y es muy posible que los que salgan á recibir á los transfugas, cuando estos regresen á los patrios lares, ofrezcan el aspecto de los fantasmas de quienes dice Byron que son mas ligeros que el aire, y mas que la luz transparentes.

Diremos para concluir que ya es conocido el fallo del jurado de Mons en la célebre causa M. de Bocarmé, de que hablamos en nuestra revista anterior;—el conde ha sido sentenciado á la pena de muerte, y Lydia Fougnes, su esposa declarada inocente, y puesta en libertad.—El rey ha apelado en seguida de la sentencia; y madama de Bocarmé, confiando sus tres hijos á su familia, ha ido á encerrarse en un convento de París.

Así ha terminado ese drama, lleno de terribles ejemplos y de saludables lecciones: lo único que falta ahora es un epílogo, sangriento é inevitable.

RAMON DE NAVARRETE.

Un baile de familia.

He aquí uno de los cuadros que mas frecuentemente se presentan á los ojos de un observador en la corte. El baile de familia. Es un grado mas que un baile de candel en la buena acepción de esta frase, y está despojado por otra parte de las exigencias y cumplidos de un baile de etiqueta; trabas á la franqueza y cordialidad que deben presidir á toda reunión de esta clase si ha de llenar su objeto; divertir á los concurrentes. El baile de familia tiene tantos secuaces por lo mismo que es un término medio entre bailes, siendo partidarios suyos los que no quieren descender por razones de dignidad, al baile de candel, y los que no pueden elevarse, por razones de economía, al de sociedad con los cumplimientos y demás que antes consignamos. Es decir que el baile de familia es mas propio de la clase media en segundo grado, por cuanto los otros bailes se dejan para los mas pobres y para los mas ricos respectivamente. Y siendo el mayor número el de las personas que se divierten con el baile en familia queda asegurado lo que al principio dijimos; que el cuadro que ofrece, se presenta en Madrid muy frecuentemente, con sus colores aparte, de que vamos á ocuparnos.

Al mismo tiempo es nuestro objeto desvanecer una preo-

cupacion que abona en favor de estos bailes. Como se anuncian con el modesto nombre de familia se cree generalmente que son los mas á propósito para divertirse con franqueza, y de lo contrario al lector que no se cansa al llegar á este punto, y le demostraremos palpablemente que el título de este baile engaña al que se deje seducir de su sencillez como engañan otros mil títulos á los que se dejan deslumbrar por la pompa que les acompaña. «Vervi gracia teatro de T... encuentra con la función mas monótona, y sale aburridísimo del teatro á donde entró con intención la mas santa, y la mas cándida esperanza de divertirse. Pero vamos al caso.

Hallábase yo el domingo á las once de la mañana en la puerta del Sol aumentando con mi *unidad* el infinito número de... (no encuentro un adjetivo que me llene) de los muchos, (y vaya ese indeterminado) que allí se encuentran haciendo lo que yo hacia, que equivale á no hacer cosa alguna, cuando veo venir *lechado* (es la última) en dirección mia á mi paisano don Bonifacio Ripalda, hombre con sus 46 del pico.

—Hola don Felix ¿usted por aquí?

—Estaba matando el tiempo interin venia un amigo con quien estoy citado en este sitio.

—Usted tan guapo, tan...

—Bueno, sí, ¿y mi señora doña Sinforosa?

—Sin novedad, en misa la he dejado con los chicos.

—¿Y los chicos que tal?

—¡Ah! los chicos. El... (quiere decir el varon, porque don Bonifacio tiene dos hijos) el; tan travieso, y creciendo tanto que es un pasmo. ¡Pero qué travieso! Nadie creerá las cosas que hace la criatura, y menos á su edad. Mire usted tiene doce años, tres meses y veinte... no, mal digo, y diez y ocho dias... y...—Larga la llevaba don Bonifacio, que según los anuncios me llenaría la cabeza con la historia de su hijo Milciades (que así se llama) cuando me pareció prudente interrumpirle por no *fatigarnos* tanto: así que le pregunte, ¿y la chica?

—Esa es muy aplicada, es una alhaja; la madre está loca con ella, ¡qué despejo! No crea usted que el chico sea tonfo: sí, sí, arrimate á él; pero la chica es muy juiciosa....

Interrumpo de nuevo á don Bonifacio alegrándome del buen estado de la familia, y ya iba á despedirme viendo que me metía en el terreno de la política *personal*, en que se deslizo ponderando el acierto del ministro (pues es de advertir que don Bonifacio está empleado en loterías con 6,000 rs.) cuando me detuvo por el brazo en ademán de darme una noticia que se le hubo de olvidar.

—Hombre, se me pasaba decir á usted (y lo estaba pensando) que desearé muchísimo y la Sinforosa también que vaya esta noche por casa.

Se ha empeñado la chica... y vamos á dar un baile... de familia... sin etiqueta... todos conocidos y gente alegre. Con que le esperamos á usted don Felix.

—Gracias don Bonifacio, haré por ir.

—Sí; venga usted á las siete, déjese usted ver de los amigos hombre. ¡Qué diablo... yo pienso echar una cana al aire; con que usted que es jóven....

—Bueno, ya digo á usted que haré por ir.

—Nada, nada, irá usted; hasta la noche.

Despedime de don Bonifacio, y guarde la idea del baile, hasta ver por la noche á que altura me encontraba de humor.

Llegó la noche y recordando el compromiso me dispuse á ir á su casa, no con ánimo de bailar, sino con intención de pasar un rato en conversacion con las personas formales, y cumplir sin molestarle la obligacion en que estaba. No me pareció prudente ir á las siete en punto, hora que marcó mi amigo, por evitar los primeros cumplidos, y resolví ir á las ocho, con el objeto de llegar cuando la cosa estuviera en punto, y de este modo pasar acaso mas desapercibido.

Salí pues de mi casa, y me dirigí á la de don Bonifacio á eso de las ocho y media. No dejaba de extrañarme un tanto al subir por la escalera el no oír ningun ruido de personas ó sonido de instrumentos, cuyo confuso rumor indicaría á la persona á cuyos oídos llega que la gente está en movimiento; pero me dije: vamos, estarán descansando, y el silencio de ahora es una trégua al bullicio precedente que va á continuar, aunque siendo baile de familia y de gente *alegre y franca*, no debería ser tan grande la tranquilidad. Tal vez consiste en que estén cerradas y ajusten tanto las puertas de la habitación donde bailen, que impidan trascender el mas leve rumor.

Envuelto en tales pensamientos concluí de subir y di un campanillazo con el objeto de que se sintiese á pesar del barrullo que pudiera haber en el baile.

No se hizo esperar mucho la contestación á mi insinuante llamamiento, pues al momento salió á abrirme don Bonifacio.

—Hola don Felix, se conoce que viene V. de prisa para compensar sin duda el no haber llegado antes.

—No; le contesté, tengo costumbre de llamar así, y lo hice aquí espresamente por sí con el ruido del baile....

—¿Quién... no señor. ¿Qué baile? Si no hay quien lo anime, y yo me acordaba de usted porque con su llegada se pondrá esto en movimiento. Pase usted: pase usted que aquí están.

—Pasé á la habitación después de haber *pasado* una porción de saliba con los anuncios de don Bonifacio, y me encontré con la reunión de familia, que mas parecia de duelo que de baile, á no ser por los rabiosos colores de algunos lazos y cintas con que las personas de la concurrencia manifestaban su alegre intención.

Por lo demas un silencio sepulcral reinaba á veces en la reunión, interrumpido tan solo por cuchicheos, y alg na que otra exclamacion de don Bonifacio; vamos, ea, animarse. Prepárese ustedes para bailar que aquí está don Felix que para eso es una alhaja.—Ha venido usted como llvido del cielo.—A caer en el purgatorio, iba á replicar á don Bonifacio; pero me detuve, contentándome con decir, yo seré uno de tantos en esta reunión.

Compañías en primer lugar de doña Sinforosa muger de mi amigo según ya dijimos con sus dos niños de 12 años, meses, y dias de pico el uno, y de 10 poco mas ó menos la niña que se llamaba Virtudes. Al lado de doña Sinforosa estaba doña Tomasa su vecina, que seguía en el *estado honesto* con sus 50 muy enteros. Seguían por su órden una sobrina de esta última que representaba entre seis y siete lustros, que reunidos á otras circunstancias la deslustraban completa-

mente. Esta se llamaba Dolorcitas con su correspondiente diminutivo para templar un poco el mal efecto del doña que le precedía: estaba como una estatua sobre la silla, erguida la cabeza y mirando tieso: en actitud hostil. Iban luego la señora de un compañero de oficina de don Bonifacio con dos rosas abiertas ya, y un botoncito además. Había otras tres más, de una juventud equívoca, aunque en esto se parecían todas, unas por poco y otras por mucho, en cuyos pormenores no entramos por no molestar al lector. En cuanto á hombres nos hallábamos don Bonifacio, don Agustín, mayor de edad y licenciado de provinciales, que andaba disrazado de señor y no dejaba de la boca la palabra estudiante hablando personalmente, Milciades hijo de don Bonifacio, otro pollo meritorio en la oficina de aquel y mi persona. Y ya que el lector tiene conocimiento con nuestra gente vamos á empezar el baile con su permiso.

—Vámos, volvió á decir don Bonifacio, animarse señores, á bailar que se está perdiendo un tiempo precioso: don Felix, usted lo ha de animar.

—Pero hombre, dijo doña Sinforosa, si no hay quien toque.

—No ves que falta don Venancio que prometió venir á tocar la guitarra?

—Y por eso se ha de dejar? Pues no faltaba más. Hombre; don Felix dijo dirigiéndose á mí (que le escuché con la misma gana de reír que una víctima cuando está sujeta y la provoca su verdugo) usted debe tocar.

Y sin darme lugar á excusarme por necesidad, se volvió á la muger—chica, la guitarra, que ahí está don Felix. Pronto esa guitarra!

Aquí está, dijo doña Sinforosa: pero ¡ah! le falta la prima.

—Qué importa eso, añadió don Bonifacio. Se toca con cinco cuerdas. Vámos, ahí está, señor don Felix.

—Pero señor don Bonifacio, usted me ha de dispensar; si yo no lo toco.

—Vámos picarillo, estudiante y no tocar: ¡quá!—Sí, sí, que toque, decían todos, que solo dieron señales de vida para arrojarle sobre mí.

—Traición, traición! iba yo á gritar viéndome en situación tan distinta de la que me hube figurado, pero me tragué la palabra con otro poco de saliva, y seguí excusándome dispuesto á resistirme aunque se hundiera la casa, á la manera con que el obstinado enfermo que aborrece á los médicos, cierra la boca cuando le mandan sacar la lengua.

—No toco; si no sé...

—Si vale el punto de la Habana, saltó á este punto el ex-provincial estudiante de tercero de veterinaria etc., etc., no perder el tiempo, que yo tocaré. Y dirigió á este punto una mirada (aunque no la primera que yo había sorprendido) de satisfacción, y como de superioridad sobre mí, á doña Dolorcitas.

—Pues no ha de valer el punto de la Habana! digeron tres ó cuatro uniendo mi voto, yo, que de buena gana hubiera dado un apretón de manos á don Agustín, que aunque no por generosidad me sacó del aprieto.

—Ea pues, dijo don Bonifacio, un rigodon. En baile.

En esto cecó la esposa á mi paisano y le habló luego al oído, observando yo por sus miradas que entraba por algo en la conversacion marital *salto voce*.

Una nueva descarga estaba ya temiendo al ver aproximarse á don Bonifacio que con cierto misterio me dijo:

—Don Felix, haga usted el favor de sacar á doña Dolorcitas, la sobrina de doña Tomasa. Ya vé usted, su tia es... (y aquí iba bajando gradualmente la voz) es prima de la prima, de un cuñado, cuyo tio tiene una hija casada con un sobrino pariente por parte de madre de la muger de S. E. el Excmo. Sr. ministro del ramo.

—Ya... dije para mi colete: ya me esplicó la gravedad de doña Tomasa que preside la reunion derramando dignidad, y sin perder un punto de su magnificencia.

—Y en fin, continuó don Bonifacio, usted no es lerdo. Bien conoce usted que siendo pariente de S. E. el Excmo. señor ministro de Hacienda, es natural... que por ser fino...

—Bien, le dije yo, descuide usted, la sacaré.

—Por otra parte si tratara usted á doña Tomasa quedaría usted prendado de sus maneras. Qué dignidad... ¡Qué señorío! Se le conoce que se roza con gente alta. ¡Oh! Amigo, es mucho. ¿Pues y la sobrina? tan formal, tan... en fin usted verá.

Aproximéme á doña Dolorcitas y la brindó con un rigodon que aceptó con un «Sí señor» finísimo. Bailábamos acomodando nuestro movimiento al compás, no de la música, sino de lo que cada cual se figuraba.

Don Bonifacio estaba triunfante viéndonos bailar á trompicones, y como él decía le gustaba extraordinariamente esta animacion. Toda la buena fé de mi paisano se necesitaba para ilusionarse con tal baile.

Yo dirigia la palabra á mi pareja que se movia como por un resorte sin dar á su cuerpo la menor flexibilidad. Su conversacion era tan amena como graciosa su figura, de modo que estaba distraidísimo. Llegó la cuarta figura y hubo solo de señoras. La niña de don Bonifacio hizo un solo á lo bailarina recibiendo los aplausos de ordenanza. Todas fueron haciendo las mismas piruetas, y hasta mi pareja se descarriló en esta figura echando sus correspondientes saltitos, llegando y volviéndose atrás por dos veces, dando una vuelta en el aire que envidiaria la Cerito, y haciendo la consabida cortesía de medio cuerpo abajo.

Observé que el exprovincial y músico del momento dijo un «muy bien» expresivo y dió dos fuertes pisadas en aplauso, no pudiendo hacerlo con las manos que tenia ocupadas. Por mi parte produgué mil elogios á su pedestre habilidad como los hube prodigado á sus otras *escondidas* prendas, obteniendo por respuesta cuatro veces repetidas «eso lo dice usted por burla» con aquella gracia característica que hacia resaltar mas la belleza de la frase.

—Siento, la dije, no poder bailar un vals con usted porque se me figura que será V. ligera como airosa.

—¡Ah! Me contestó, eso lo dirá usted por burlarse, (sin duda para que no se le olvidara la expresion) y además prosiguió, que yo no bailo ese baile.

—¿Cómo? ¿Usted no valsea?

—No señor, no balseo porque se me atonta la cabeza.

—Pues es lástima, la dije.

El exprovincial entre tanto no nos miraba ojo, como

suele decirse, y esto unido al muy bien y las patadas de antes, en ovacion á doña Dolorcitas, me hizo sospechar si estaria afinado por mi pareja. No salió falsa mi sospecha, pues apenas acabamos de bailar dejó la guitarra, instrumento de su gloria, y se precipitó á comprometer para el siguiente baile el objeto de sus desvelos. Doña Tomasa su tia nos miró varias veces durante el baile, con esa mirada ávida y grave hácia mí que podia traducirse así «satisfecho puedes estar bailando con esa pareja que no es ningun grano de anís.» Concluido el rigodon llevé á doña Dolorcitas á su asiento.

—Descanse usted, la dije al depositarla sana y salva.

—Bueno; me contestó ella, lo cual acabó de convencerme de que no necesitaba muchas vueltas de vals para marearse.

En esto se me acercó don Bonifacio con aire de quien va á recibir parabienes por el buen éxito de un consejo.

—¿Qué tal don Felix? ¿Acertó?

—¡Oh! amigo, tiene usted una penetracion asombrosa, y es poco lo que V. me ha dicho en comparacion de lo que merece la muchacha.

—Me alegro mucho que le haya complacido á usted.

—Me ha encantado; que es mas.

—Pues hombre, me replicó mi paisano con cierto misterio y con voz insinuante, ella soltera está... y puesto que... en fin... usted... porque es un buen partido... sobrina de... ya usted me entiende.

—Gracias, gracias, me apresuré á contestar, gracias, no tengo pensado... gracias por la intencion, don Bonifacio. Conozco y soy un admirador de las buenas cualidades de la jóven; pero...

—Yo no he querido mas que dar á usted un consejo, usted hará lo que guste. La jóven sí es de mérito, no hay duda. Pero no podia menos estando con la tia, porque lo bueno se pega. Quisiera que usted la hablase, veria usted, veria usted una señora de calidad.

No tardé en convencerme de lo que don Bonifacio me habia dicho respecto á la tia, advirtiéndome entre ella y la sobrina cierta semejanza además del parentesco.

En un momento que estuve sentado junto á ella entablamos conversacion. Me dijo su parentesco con el Ministro; que estaba muy ocupado; que era hombre de mucha cabeza; y que queria mucho á la familia.

—Yo, añadió como al descuido, todavía para nada le he molestado porque gracias á Dios no he tenido necesidad. Pero tengo la satisfacción que me serviria si por las circunstancias le pidiese algo.

En esto don Bonifacio animaba para que siguiese el baile.

—Vámos señores, parejas. Don Felix en baile.—Yo no toco mas, saltó el veterinario.—No importa, dijo don Bonifacio, que se tararee un vals.—No, vals, no, replicó don Agustín, que no balsea doña Dolorcitas. Yo estuve por añadir la razon, pero no me determiné á publicar una cosa que me habia dicho confidencialmente.

—Pues bien, digeron los jóvenes, que se tararee. Pusímonos en disposicion de empezar, pero antes hubo que salvar una nueva dificultad.

—Que se tararee, y ¿quién se encarga?

—Vámos, usted dirá don Felix, usted que anda por esas alturas.

—Cualquier cosa, dije yo, y para librarme de la comision músico-gutural añadí; el himno de Riego, verbí gracia, tiene compas de rigodon y le saben todos.

—Corriente, dijo el meritorio, y con eso cada uno canta una figura.

—Alto señores, se apresuré á decir don Bonifacio, medio alarmado con el recuerdo de este himno cuya música creyó subversiva; alto, todo menos eso. En mi casa... no quiero esa música... y el celador luego que vive en el cuarto principal... vámos... nada de Riegos... otra cosa.

—Tiene razon don Bonifacio, replicó á este punto doña Tomasa pariente de S. E. el Excmo. señor Ministro del ramo, como decia aquel, otras cosas hay tan buenas y pueden servir. Que se toque el Mambrú!

—Eso, eso, dijeron todos, el Mambrú y cantarle todos. Efectivamente, dicho esto se entonó un coro *Celestial* compuesto de tan heterogéneas y armoniosas voces, y empezó el rigodon. Colocóse frente á nosotros el ex-provincial con mi pareja anterior, con el objeto sin duda de presentarse á los ojos de esta en contraste conmigo, y arrancarme otro triunfo bailando, como lo hubo hecho antes con la guitarra. Salió, pues, y allí fué Troya; ¡qué columpios de brazos y piés, qué saltos! Parecia que se iba á desencuadernar. Pena me daba ver al mozo esforzarse hasta sudar cuando llegó á la cuarta figura. No obstante, dispuesto para hacer el solo, salió aquel hombre, bailando por lo alto así como á la patacoja, segun dicen los chicos, en términos que al hacer la cortesía, saltando siempre, creí que iba á besar de veras los piés de doña Dolorcitas. Por fin, no fué mas que un susto, y sin otro accidente acabó el segundo baile. Vuelven todos á sentarse, y vuelve á reinar el silencio con la mayor *franqueza*; parecia que se temian respectivamente, mirándose con cierto respetillo que los alejaba unos de otros, y á las mugeres especialmente. En esto, Virtudes la hija de mi paisano, dice á su mamá medio llorando que ella queria bailar sola el jaleo.

—Sí hija, sí, dice doña Sinforosa. Señores, Virtudes quiere bailar el jaleo.

—Que baile, que baile, replicamos todos.

Volvióse á tropezar con el inconveniente de la música, que afortunadamente se salvó, gracias á la conformidad de la niña que reventando por bailar dijo que lo haria sin música. Bailó sin música, y bailó como Dios quiso, lo cual no fué obstáculo para que se le aplaudiese estrepitosamente por los hombres, pues entre las mugeres no dejó de escaparse tal cual sonrisa no de muy buena fé, al ver el triunfo obtenido por la niña. Las mugeres todo lo aplaudirán, menos una cosa que indique en otra superioridad.

—Aproximéme don Bonifacio y yo, conociendo en el aire bondadoso de su semblante el objeto de esta venida, paternal y exclusivamente paternal, anticipándome á su pensamiento le dije; amigo, tiene usted una chica que baila primorosamente.

—Lo mismo es en todo, me contestó él, pero al baile tiene

una aficion decidida. Por eso resolví hacerme socio del Instituto, donde va la chica hace tres años, y sabe mas de seis bailes. ¿Qué quiere usted, señor don Felix? Los padres estamos obligados á educar bien á la familia, y yo por si acaso, ahora que es niña he querido que aprenda este arte, que el día de mañana puede ayudarla á ganar su subsistencia en un apuro que Dios no quiera.

—Ha hecho usted muy bien, don Bonifacio.

—Y mucho mas señor don Felix, viendo la disposicion de la muchacha; ya ve usted que á pesar de ser tan niña, se menea bien.

Volví á aplaudir la idea del padre que contaba en un apuro como recurso para que viviese el movimiento de la hija, y á poco tiempo llamaron á la puerta. Salieron á abrir, y entró don Esteban el compañero de oficina de mi paisano, que venia del café de Levante en busca de su cara mitad, y los tres vástagos.

—Hola don Esteban, dijo don Bonifacio.

—Saludo á todos, señores, replicó aquel, ¿qué tal se divierte la gente?

—Ya ve usted, contestó mi paisano, como gente jóven se saca provecho.

—Bueno, pues que siga el baile; que á mí no me disgusta el ver como la gente se divierte.

—Antes, repuso don Bonifacio, descansarán un poco y tomaremos un refrigerio, para cobrar alientos.

En esto despues de algunas idas y venidas de doña Sinforosa, algunos gestos de impaciencia del marido, acompañado de nuestro habitual silencio, se presentó mi paisano con una bandeja en que venian cuatro copas revueltas con bastantes bizcochos en la mano derecha, y una botella de cariñena en la izquierda. Excusado es decir que á la vista del aparato con que mi paisano se anunciaba, toda la reunion se movió como por un impulso de electricidad; que la familia menuda, y especialmente el botoncito aquel de don Esteban, se arrimó al portador, demostrando con la franqueza propia de la edad el deseo que los demás disimulamos en gracia de la educacion. Por este rasgo estuve casi tentado á perdonar á don Bonifacio todas las *añezas* y distinciones con que me abrumó en aquel baile *Toledano*, pero no habian concluido por desgracia las deferencias á mi esmerada educacion como él decia. Comprometiéme á hacer los honores, brindando con la bandeja de bizcochos y copas que él llenaba á medida que se desocupaban. Empezamos (como era justo) por doña Tomasa pariente de S. E. el Excmo. señor ministro del ramo que solo tomó dos copas y cuatro bizcochos, aunque muy instada á continuar por el obsequioso don Bonifacio y mi persona, concluyó con la cláusula de *por ahora* nada mas. Su sobrina tomó su copita dejando en otra disuelto un bizcocho por no haber tenido en cuenta la facilidad con que se deshace este sólido, pero la enmendó el ex-provincial dejando caer otro en su vestido al tiempo de hacerla una espresion. Este incidente desbarató sus planes dejándole un tanto molino. Continuó luego el baile, cuya segunda parte fué muy parecida á la primera, salvo la pequeña diferencia que produjo el refrigerio, y dadas las once de la noche se disolvió la reunion. Ya era hora, decia para entre mí, de poner fin á esta diversion en que tanto provecho he sacado.

—¿Qué tal señor don Felix, le pesa á usted haber venido?

—No señor, porque me he divertido estremadamente.

—Me alegro, y una vez que esta usted contento, no será si Dios quiere, esta la última vez que tengamos baile, y se le avisará á usted.

—Sí; no deje usted de hacerlo, y que sea con tiempo, (para estar á 100 leguas, pensé en mis adentros.)

Dispuestos á partir antojósele á doña Tomasa que estaba oscura la noche y que sentia no haber dicho al criado que viniese á buscarlas.

—No se apure usted por eso; aquí está don Felix.

Y puesto que salen ustedes juntos...

—Sí... añadí yo viéndome ya metido en el lodazal, y apelando como único recurso para escapar de la *amabilidad* de mi paisano, á la delicadeza de doña Tomasa.

Pero esta, creyendo sin duda honrarme demasiado, aceptó sin rodeos diciéndome que vivia en la calle de Atocha frente al hospital.

—Todo es camino, dijo don Bonifacio.

—Efectivamente, contesté, yo vivo en la plazuela de Oriente y estamos en la calle de Leganitos.

Estaba resuelto que habia de pasar una buena noche, y no salieron fallidas mis esperanzas. Por eso me apresuro á ponerlo en tu conocimiento amigo lector, para que en mis circunstancias te prevengas contra los bailes de familia de cierta clase de personas y tan comunes en Madrid. Yo desde entonces renuncié en cosas de baile á términos medios, y cuando me veo muy apretado por las reiteradas instancias de don Bonifacio, suelo pretestar cojera ú ocupaciones, para no esponerme á pasar otra noche *tan divertida*.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores, que LA ILUSTRACION comenzará definitivamente á ocuparse del gran acontecimiento industrial que hoy preocupa á todas las naciones, en el último número del mes próximo, á mas tardar.

Podemos tambien asegurar que los artículos que publiquemos, no serán traducidos, sino escritos bajo las impresiones de las personas á quien la empresa ha comisionado, para que pasando á Londres consideren la Exposicion bajo el punto de vista español. Aspiramos á presentar además de artículos descriptivos, ilustrados con láminas, revistas de costumbres pintando la fisonomía que ofrecen en la actualidad, las dos grandes capitales que principalmente han recibido nueva vida y movimiento, con ocasiones de la gran exhibicion industrial.

PRESIDIOS ESPAÑOLES DE LA COSTA SEPTENTRIONAL DE AFRICA.

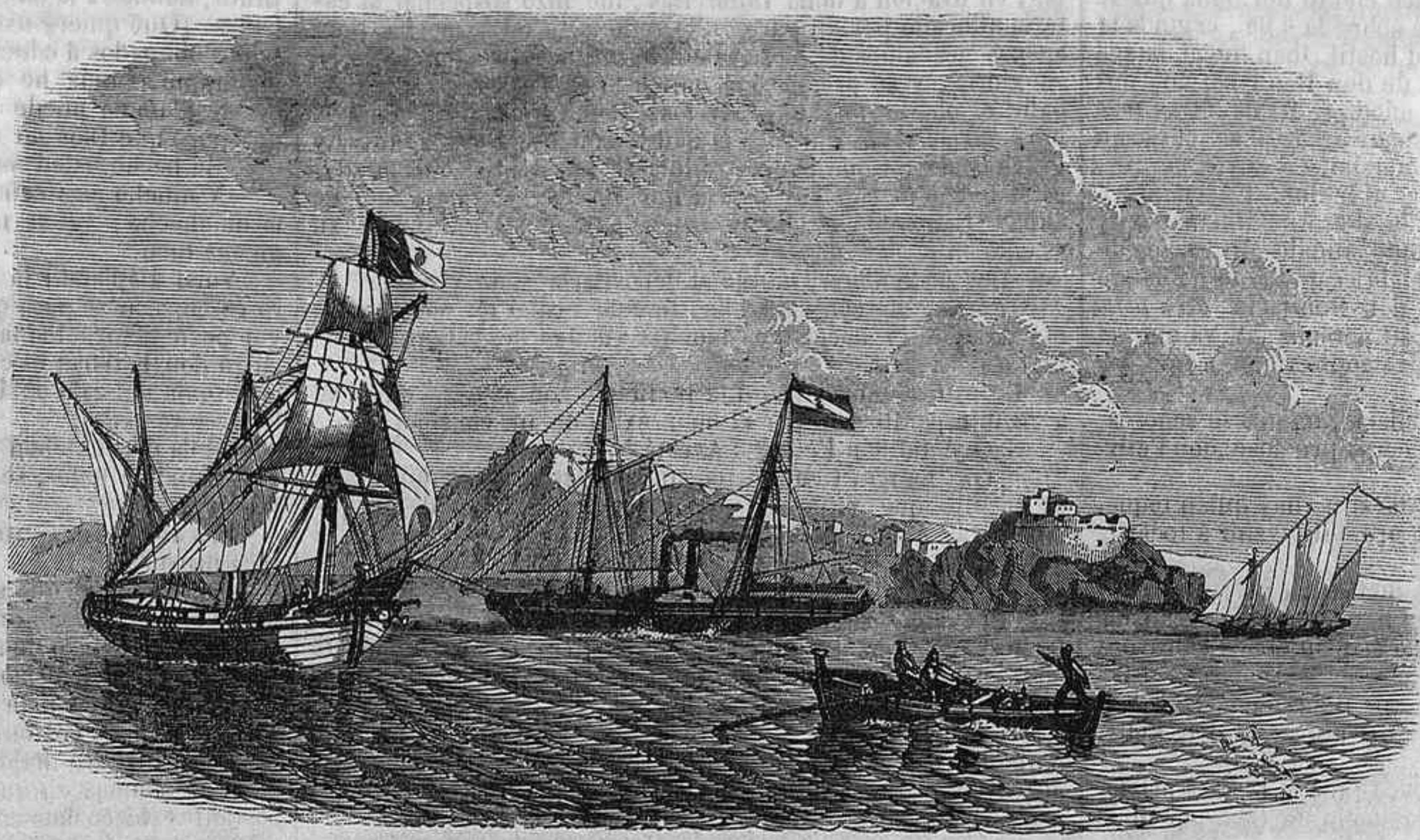
España solo posee en la actualidad y en la costa septentrional de Africa cuatro presidios, verdaderos nidos de águila, protegidos especialmente por su situacion, escalonados en dicha costa de Oeste á Este, aislados por completo de la tierra firme, y cada uno de los cuales corresponde á una plaza española del continente, como si únicamente se hubiese querido proteger y dominar el brazo de mar que de ellas los separa.

CEUTA, península, á cuatro leguas de Algeciras y de la costa española.

PEÑON DE VELEZ DE LA GOMERA, situado sobre una roca fortificada en un islote, á 28 y 1/2 leguas de Málaga.

ALHUCEMAS, islote sumamente elevado, con muy buenas fortificaciones á 120 kilómetros de Málaga por la parte del Sur.

Y por último MELILLA, inmediata á las posesiones francesas de Argel, plaza situada favorablemente y provista, como las precedentes, de líneas de de-

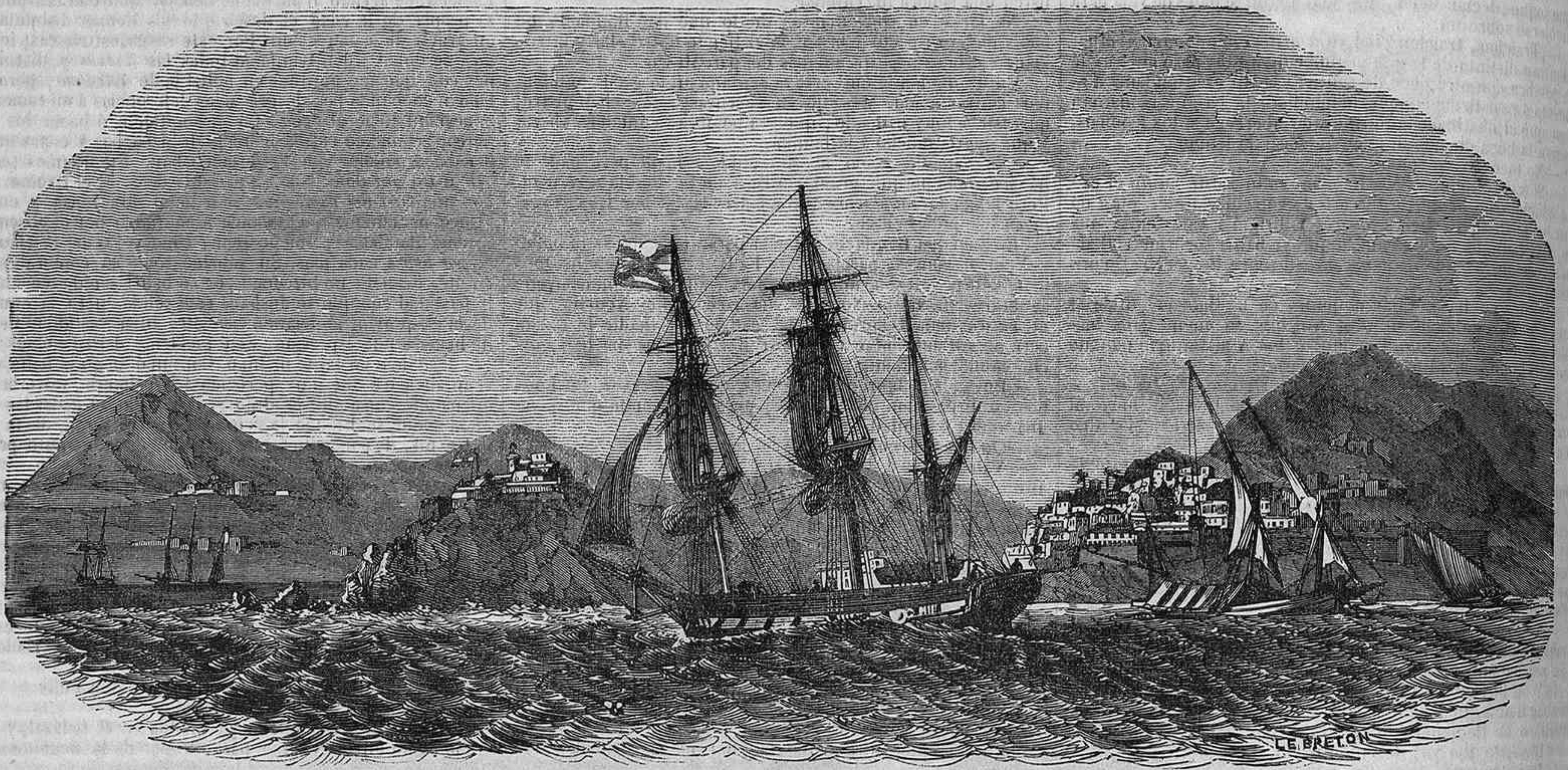


Alhucemas.

Está colocada á corta distancia de Gibraltar, cuya contraparte africana forma, aunque no se halla tan favorablemente situada.

Ceuta representó un papel muy importante durante los ocho siglos de la dominacion de los árabes en España, y sus primeros conquistadores de esta nacion pasaron á la península en Tánger. Tomada en 1445 por los portugueses al chérif de Marruecos, quedó en poder de los españoles despues de la revolucion de 1640 que separó de la España al Portugal. Desde entonces ha pertenecido constantemente á la primera de estas dos naciones, á pesar de todas las tentativas dirigidas contra ella por los marroquíes, quienes tanto en 1697 como en épocas posteriores la atacaron con fuerzas considerables.

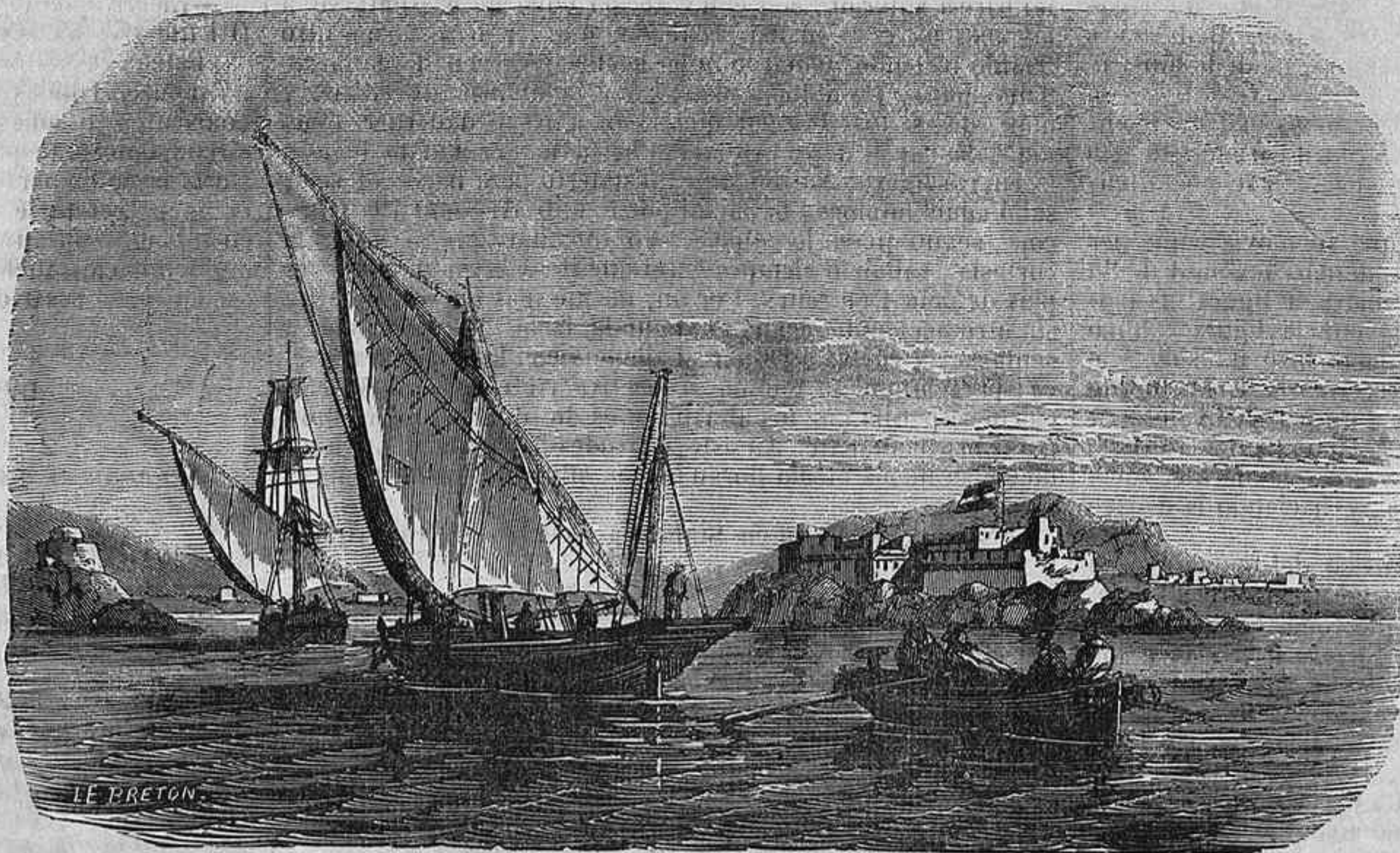
Hoy es Ceuta la capital ó cabeza del gobierno político y militar de los cuatro presidios; tiene silla episcopal sufragánea de la de Sevilla, con tribunal eclesiástico y militar, una parroquia y dos conventos de frailes. El territorio que comprende tiene la figura



Ceuta, vista del lado del Oeste, el estrecho de Gibraltar.

fensa formidables por la parte del continente, á cinco leguas de Almería.

Estos diferentes establecimientos nunca han tenido ni podido tener, en el estado de la ocupacion de aquella parte del litoral, un carácter político ó comercial; tampoco son por sí mismos de gran importancia, si se miran bajo el aspecto marítimo. Y sin embargo han tenido un valor real y positivo, cuando la España podía reclamar para su bandera una buena parte en la dominacion del Mediterráneo: pero desde la decadencia de la marina española, los presidios de Africa se han convertido en unos encierros mucho mas seguros que los del continente. De vez en cuando suelen inquietar los marroquíes á sus guarniciones, pero hace mucho tiempo que sus ataques no son mas que protestas contra la presencia de los cristianos en un territorio musulman. Como la posesion es inofensiva y sin ventajas, la hostilidad de los árabes no se funda realmente en intereses de ningún género, y si conviene que no caigan en su poder aquellas cuatro fortalezas españolas, esta utilidad estriba en que no vayan nuevos piratas á establecer sus madrigueras en el territorio que ellas tienen á raya.



Peñon de Velez de la Gomera.

CEUTA es la antigua *Septa*, ó mejor dicho, *ad Septem Fratres*: estos siete hermanos eran las siete colinas que encierran por sí sola, en que se halla establecida la ciudad.

mente bajas hasta la noche, á fin de interceptar una luz demasiado viva. Cada casa tiene su correspondiente pozo y un ameno jardinillo lleno de flores y de árboles frutales, que

de una península, y contiene, como ya hemos dicho, siete montes ó colinas, que se estienden mucho en la direccion de Este-Nordeste á Oeste-Sudoeste: las dos principales son conocidas con los nombres de *Almina* y de *Acho*. Una llanura termina dicho territorio uniéndolo al continente africano y en ella se eleva la ciudad, rodeada y defendida por fortificaciones, que se cuidan y reparan con notable celo. En la punta del *Acho* hay una atalaya, desde la cual se descubre á lo lejos la costa, pudiéndose contar, como en Gibraltar, los buques de todos portes que pasan el estrecho, cuya estrechidad oriental forma el monte *Almina*. El puerto de Ceuta es de mediana profundidad, lo cual le hace ser inferior al de Gibraltar.

La ciudad, situada á la entrada de la bahía, sobre un terreno ligeramente inclinado, está construida con regularidad y aun con cierta elegancia. Sus casas, todas de un solo piso, presentan sus balcones salientes adornados de vistosas cortinas de colores ó sus verdes celosías, constantemente bajadas hasta la noche, á fin de interceptar una luz demasiado viva. Cada casa tiene su correspondiente pozo y un ameno jardinillo lleno de flores y de árboles frutales, que

des
ra y
fac
das
mo
mu
za
ate
com
sad
fere
cap
pas
pud
dos
Rei
nion
pres
che
E
bre
pres
cien
tán
part
en
sirv
los
exis
diar
á la
en
nes
tos
de l
nici
fuer
surt
Dos
de e
ofici
tran
tuad
pres
L
nor
inter
con
prob
rigor
quie
mas
truce
L
no p
alm
te en
tas y
del a
aque
por l
cuen
mes
virtu
table
nien
cons
las d
ca y
los p
laga
Au
ta lo
res, e
frutas
tuan
huert
roqui
sus p
ta sac
carne
de bo
Un
ducto
cia er
dos v
demá
nicán
existe
munio
recta
El
ta Go
una f
sobre
compl
con ur
den g
de pe
situad
del M
para
mado
se leva
constr
isleta
sirve d
un pue
arte. L
villa es
pone d
Ent
fuerte
encuen

despiden agradable frescura y exquisita fragancia. Las fachadas, de las blanqueadas con cal como las casas moriscas, conservan por mucho tiempo una limpieza y brillo que llama la atención, y tanto el muelle como las calles están enlucidas con piedra-lusa de diferentes colores, formando caprichosos dibujos. Tres paseos sombreados de copudos árboles, y sobre todos el llamado Paseo de la Reina, son los sitios de reunión de los habitantes del presidio en las apacibles noches del verano.

En Ceuta hay 3500 hombres de guarnición y 2600 presidiarios, pero como seiscientos de estos últimos están destinados á las casas particulares de la ciudad, en clase de operarios ó de sirvientes, resulta que en los talleres generales solo existen dos mil. Su trabajo diario consiste en dedicarse á la limpieza de la ciudad, en reparar las fortificaciones y en atender á los efectos de vestuario y equipo de los soldados de la guarnición. Cuenta la ciudad dos manantiales de agua y diversas fuentes: el agua es abundante y las cisternas públicas pueden surtir de ella á la guarnición por el tiempo de dos años. Dos hospitales que pueden contener muchos centenares de enfermos, (uno de ellos sirve actualmente de pabellón de oficiales) no pocas iglesias, la casa del gobernador, la maestranza de ingenieros y el gran almacén de provisiones situado en el muelle, son las construcciones mas notables del presidio.

La plaza no tiene la menor comunicación con el interior, y las relaciones con los marroquíes están prohibidas con el mayor rigor por los gobernadores, quienes no hacen en esto mas que cumplir las instrucciones del gobierno.

La población civil, que no pasa de cuatrocientas almas se emplea únicamente en el cultivo de las huertas y jardines y en la pesca del atún, muy abundante en aquellos mares: se cogen por lo regular ciento cincuenta mil piezas todos los meses, de las cuales, en virtud de convenciones establecidas, se destinan quinientas diariamente para el consumo de la guarnición: las demás, despues de seca y en salazon se llevan á los puertos de Cádiz, Málaga y Valencia.

Aunque abundan en Ceuta los jardines particulares, el consumo mayor de frutas lo suministra Tetuan; los productos de los huertos de la ciudad marroquí constituyen una de sus principales rentas. Ceuta saca tambien de ella sus carnes y otras provisiones de boca.

Un jabeque es el conducto de la correspondencia entre Ceuta y Algeciras dos veces á la semana: los demás presidios se comunican con Málaga, pues no existe ningun medio de comunicación reciproca y directa entre ellos.

El PEÑON DE VELEZ DE LA GOMERA no es mas que una fortaleza construida sobre una roca, bañada completamente por el mar, con un puerto en que pueden guarecerse los buques de pequeño porte. Se halla situado enfrente del campo del Moro, del cual la separa un estrecho de unas seiscientas varas de largo, llamado el Fredo. En una de las estremidades de este estrecho se levanta un pequeño fuerte, artillado con algunas piezas y construido sobre el terreno conocido por el nombre de la Isleta y que es una prolongación del peñasco principal que sirve de base á la plaza, y con el cual se une por medio de un puente natural en que casi nada ha tenido que hacer el arte. La población vive hacinada por decirlo así, porque la villa está construida en forma de anfiteatro y solo se compone de dos calles.

Entrando por la puerta del Varadero, defendida por un fuerte rastrillo de hierro y por el barrio de la Trinidad, se encuentra la fábrica de pólvora, rodeada de un muro de cons-

trucción moderna, de una batería respetable y del barrio de San Francisco, en donde se encuentra el depósito de armas. En el de San Juan está la gran cisterna, donde se recoge el agua de las grandes lluvias y la que se ven precisados á llevar de Málaga, pues la primera no basta para el consumo de los habitantes. Hacia el lado de la puerta mencionada y en el barrio de San Antonio se levantan el cuartel de los sentenciados y la provision ó depósito de víveres, separándolos el gran foso que los rodea, del cuartel de artillería, situado mas aba-

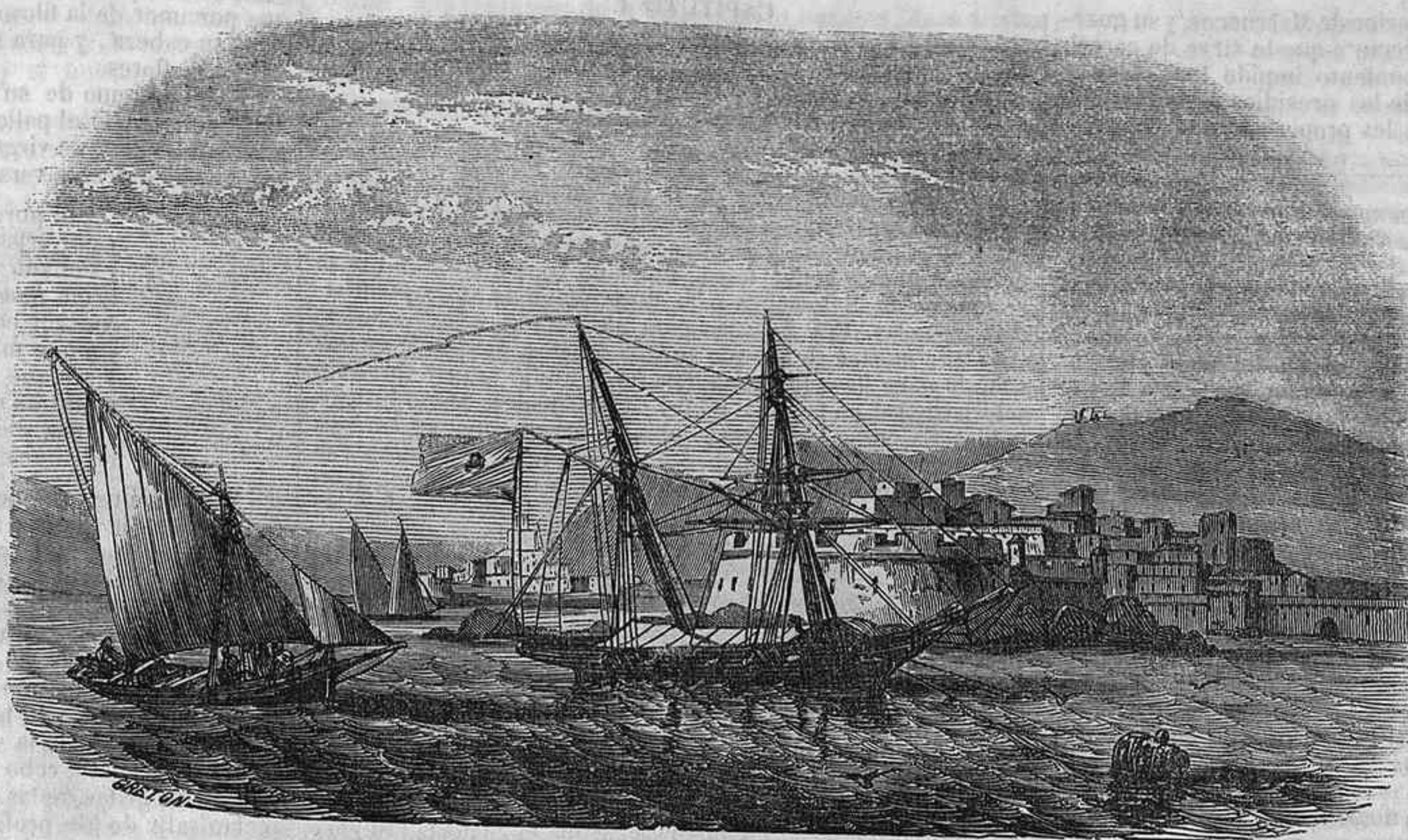
de la marina de guerra. El agua para el uso de los habitantes, recojida en parte en la estación de las lluvias, en parte conducida de la costa española, se conserva en una gran cisterna ó aljibe de construcción bastante antigua, en cuyo depósito adquiere á los pocos dias las mejores cualidades del agua potable.

Los soldados que guarnecían el presidio de Alhucemas se sublevaron en 1839 contra la autoridad de la reina y admitieron en sus filas á los sentenciados despues de ponerlos en libertad; pero las barcas que se habian procurado para pasarse á los carlistas no pudieron sostenerse en el mar por los vientos contrarios de la costa de Africa y tuvieron que buscar abrigo en Mers-el-Kebir, circunstancia que hizo abortar aquella empresa. Por lo demás, Alhucemas es una dura cárcel tanto para los encargados de custodiarla, como para los que á ella van deportados.

El cuarto y último presidio español en Africa, MELILLA, es una antigua ciudad situada al Sur del cabo Tres-Forcas, á poca distancia al Oeste de Tlemcen y casi enfrente de Almería. Debe su nombre, segun se dice, á la miel que se coje en sus inmediaciones y ocupa una península unida al continente por un istmo de rocas. Su gobernador es un coronel, la guarnición se compone de ochocientos hombres y puede contener hasta quinientos sentenciados. La plaza, reputada como inexpugnable, fué sin embargo fortificada tambien en el siglo pasado y se le aumentaron nuevas obras. Su frente del norte es inaccesible, por lo muy escarpada que se presenta la roca que la defiende: un parapeto de tres pies de grueso que protege en el centro á una torre de forma elíptica, la resguarda asimismo por la parte del Este y el ángulo del Sur se encuentra igualmente al abrigo de toda hostilidad por otro parapeto cilíndrico llamado las Cabras. En el frente del Oeste está la puerta de la plaza con la formidable torre de Santiago, la cual se comunica por medio de un camino cubierto con las fortificaciones esteriore.

El clima de Melilla es cálido en extremo, pero tiene mucha abundancia de agua potable, de la cual se sirven tambien para el riego de los jardines, pues basta para llenar cierto número de aljibes, construidos á prueba de bomba, los cuales pueden contener hasta treinta mil quintales. A tiro de cañón de la plaza, en el lado del Sur, hay un puerto pequeño, en el que solo pueden entrar buques de pocas toneladas, como jabeques ó galeotas. Un barco de vapor está encargado de la comunicación con Málaga, establecida una vez al mes.

MELILLA, el mayor y mas importante de los presidios despues de Ceuta, se encuentra como los otros tres, sin co-



Plaza de Melilla.



Las vacaciones.—Despues del exámen el ocio.

jo, y con el cual pueden comunicarse por un puente levadizo, y una puerta de hierro. Allí tambien hay una esplanada de mediana estension y una iglesia dedicada á la Concepción de la Virgen, y despues siguen el barrio de San Miguel y la casa del gobernador hacia la parte mas elevada del Peñon, otra fábrica de pólvora á prueba de bomba y el hospital, que está contiguo al barrio de San Juliano. El número de presidiarios es por lo regular de cien, y la guarnición se compone de doscientos hombres.

ALHUCEMAS, con una guarnición de trescientos hombres y sobre cien sentenciados, es una plaza pequeña que se levanta en el mar á veinte y ocho kilómetros de la anterior, á setenta y dos Oeste de Melilla y á ciento veinte Sur de Mála-

municaciones directas con el interior de Marruecos, y su guarnición nunca sale del estrecho recinto que le sirve de cárcel. Este sistema de completo aislamiento impide todo comercio y reduce á los habitantes de los presidios á vivir exclusivamente de los recursos que les proporciona su patria.

AVENTURAS LITERARIAS DEL IRACUNDO ESTREMEÑO D. BARTOLO GALLARDETE, ESCRITAS POR D. ANTONIO DE LUPIAN ZAPATA, (LA NORMA DE SU ZAPATO).

Prólogo del editor.

Sabrás, lector amigo ó enemigo, que ha no se cuantos días, llegó á mis oídos la nueva de andar ya escrita la peregrina historia del iracundo filósofo extremeño don Bartolo Gallardete por el célebre don Antonio de Lupian Zapata, difunto desde mediados del siglo XVII, y por gran enredador y hombre travieso, pagado ahora por los demonios para componer la vida y los milagros de un varón tan notable en las letras españolas. Cuando mas deseo tenía de haber á las manos esta obrecilla, cádate que acude el maná á mi casa traído por un amigo recién llegado del Cairo. Este caballero en la Biblioteca de Mehemet Ali (que en bibliotecas de turcos había de hallarse tan hermosa turquesa, y una obra tan para los diablos, en elogio de otro que tal) tropezó con un códice escrito con tinta roja y forrado con la piel de un gato negro. Luego que abrió el libro, vió que en la anteportada se leían estas palabras:

«VIDA Y MUERTE
DEL IRACUNDO BIBLIOPIRATA ESTREMEÑO
GALLARDETE»

y en la portada las mismas, con mas las siguientes

ESCRITAS POR LUPIANEJO ZAPATILLA.

Viendo que la obra era de autor español y tan famoso, dijo «aquí que te pillo, aquí que te cojo: la iron fino, de Villasandino;» y diciendo y haciendo, hizo la mamola al turco canchero de la Biblioteca, si bien temiendo que la fortuna se mostrase tan su amiga para armarle á lo mejor la zancadilla.

Este amigo me debe algunos favores; y como la perdiz emperdigada de dos vueltas es asada, no bien le manifesté deseos de tener un traslado de la vida de Gallardete respondió «¿Qué traslados cuando hay original á mano? Aní vá, dice el caballo de copas en las barajas que usamos los españoles. Aní vá el códice, digo yo sin ser caballo, aunque caballero, segun rezan pergaminos y escudos con mas calderas que las que en el infierno tiene para servirte Pedro Botero, y con mas cabezas de moros cortadas que las que cortó el Cid Ruiz Diaz en las huertas de Valencia.»

No bien me dejó en mis soledades el citado amigo, herido yo por las espuelas del deseo, y por el temor de que tanta dicha se huyese de entre mis manos como el viento, leí de cabo á rabo y al vuelo las aventuras de Gallardete, no fuera que fuesen como la perdiz que es perdida si caliente no es comida.

Advertí que faltaban algunos capítulos en el códice: cosa á la verdad que no debe extrañarse, pues igual desdicha han padecido obras de autores de tanto crédito y concepto como don Antonio Lupianejo Zapatilla. Y así sin ir mas lejos y levantar el vuelo á la antigua Grecia y á sus sabios, recordé que á la historia de Tito Livio faltan varias décadas y á los libros de Tácito algunos. Pero yo deseoso de contribuir á la buena fama de Gallardete, en tanto que en el Museo Británico de Londres, en la Biblioteca imperial de Viena y en los archivos de Estremadura buscan y rebuscan un ejemplar completo del libro de Zapata, no he dado paz á la mano con el fin de sacar á luz (tal como ha venido hasta mí) una obra ilustre así por el autor, como por el héroe: el cual es tan digno de loor por sus proezas literarias, que ha merecido ya que un poeta y de los buenos, estante en córte de S. M., le dedique el siguiente soneto, famoso entre los famosos, y aun sobre los famosísimos.

A DON BARTOLO GALLARDETE, SONETO DE UN SU AMIGO.

Caco, cuco, faquin, bibliopirata,
tenaza de los libros, chuzo, pua,
de papeles, aparte lo ganzua,
hurón, carcoma, polilleja, rata.

Unilargo, guarduño, garrapata,
para sacar los libros cabia grua,
Argel de Bibliotecas, gran falua,
armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
un Simanca te cabe en el bolsillo,
te pones por corbata una maleta.

Juegas del dos, del cinco y por tresillo
y al fin te beberás como una sopa,
llenas de libros, Africa y Europa.

Y ya que ha sonado la hora de contar loores de Gallardete, no quiero dejar en un injusto olvido el siguiente epitafio, obra de una dueña de reverendas tocas y luengas haldas.

EPITAFIO Á GALLARDETE.

Aquí yace Gallardete,
grifo de libros, vejete,
iracundo y bravonel:
fué en las letras el pobrete
un buen mozo de cordel.

De los sabios murmuró
y tan solo á sí alabó,
llamando virtudes, yerros:
no se acerquen aquí perros
porque de rabia murió.

Recibe, oh malévolo lector, con las mayores muestras de malevolencia este libro, que es cuanto deseo.

VALB.

CAPITULO I.

EN QUE SE CUENTA COMO GALLARDETE, ECHÁNDOLA DE FILÓSOFO SE PUSO Á HACER PIERNAS EN CÁDIZ, Y COMO Á LO MEJOR SE ROMPIÓ LAS ANCAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE ESCRITURA.

Habia en cierto lugar de la Provincia en donde nació el célebre Diego García de Paredes (el Sanson de Estremadura) un mozo lo amicado y de altos pensamientos, el cual deseoso de ver mundo y ganar fama, tomó en Dios y en hora buena el camino de Salamanca para doctrinarse en sus sapientísimas escuelas. Era de condición alborotada y fácil á la ira, cosa que mostró desde que andaba á gatas, porque la espina cuando nace lleva la punta delante. Estudió latin y aprendió solo latinajos en la universidad de Salamanca. Dióse luego á la filosofía, supo hacer muy buenos argumentos en *barbara* y se creyó desde luego un pozo de ciencia. Enfadóronle al cabo de tiempo; y sabiendo que había un Condillac, y un Destutracay, y un Voltaire y un Rousseau ahorcó los hábitos estudiantiles y se entregó á la lección de estos autores, salpimentándola con las novelas picarescas españolas y con las agudezas de los copleros antiguos. Barajó en los cascos la filosofía con los pícaros y las coplas, y ya se tuvo por sabio. Y así como Cristo no pasó de la cruz, dijo Bartolillo Gallardete (que tal era su nombre).—«Mi ciencia, y la ciencia del hombre no han de pasar de lo que se ha escrito hasta este siglo:» lo cual fué encerrarse dentro de las murallas de la China, muy horondo con lo que sabia, creyendo que el campo tenía puertas y el mar tapias, y que en el uno no habían de entrar mas ganados y pastores, ni en el otro mas bajeles. No cumple que aquí yo cuente (porque la historia tampoco lo cuenta, y aunque lo contase, yo no querria contarlo) los pasos que en su florida y lozana juventud dió en Salamanca el Gallardete. Baste saber que arrastrado por su varia fortuna amaneció en Cádiz á tiempo, y cuando que los franceses lanzaban contra esta ciudad bombas y mas bombas, mientras que las dueñas y doncellas y meninas cantaban en dulce voz.

Con las bombas que tiran
los fanarrones
hacen las gaditanas
tirabuzones.

Con las bombas, que tira
el mariscal Sout,
hacen las gaditanas,
toquillas de tul.

Todos en Cádiz hablaban de libertad y de libertad de pensamiento; y Gallardete como estaba embriagado con la lectura de los libros franceses de filosofía, y como al pajarillo que se ha de perder alillas han de nacer, creyó llegada la hora de hacerse famoso en España; y pues en España no había un Voltaire, dijo él: «pues no lo hay yo lo seré.» Y dicho y hecho se fué al toro derecho. Y así como Voltaire escribió un Diccionario, Gallardete quiso componer otro. Enojábale sin embargo lo trabajado del asunto; pues no tenía la soitura necesaria en la pluma para tan árdua labor; y aunque su vanidad le decía «camina» su impotencia le echaba pesados grillos con los cuales á duras penas podía dar un paso. Viendo que no salía con su empresa adelante, halló el ingenioso arbitrio de acabar presto su trabajo yendo á la mar por sal. Recordó que un holandés llamado Baile, tenía escrito un Diccionario filosófico. A este, pues, Bartolillo se propuso dar un tiento para meterlo á saco. Entró en él como en tierra de infieles; y con la espada en mano á la manera de conquistador, comenzó á talar la mies agena para llevarse los despojos á su campo. No era de los hombres Gallardete que tienen antes de la hora gran denuedo, y venidos al punto venidos al miedo, con los despojos de Baile, y algunos gracejos, no de la lengua española, sino de los copleros españoles, compuso prestamente su *Diccionario crítico burlesco*; y de tal forma, que si Baile hubiera vivido al contemplar lo suyo exclamara; amigo Horozco, si te ví, no te conozco. Para los demás estaba tan claro el juego como el adivina, adivinador, ¿las uvas de mí majuelo que cosas son? porque todos sabian que el Gallardete se asemejaba á aquel Miguel, Miguel, que no tenía abejas y vendía miel.

Bartolillo en tanto se imaginaba el Voltaire de España. Ya creía ver cartas de los soberanos de Europa, solicitando su amistad, de la misma suerte que Federico el Grande de Prusia se correspondía por medio de cartas con aquel filósofo. Ya soñaba con que los españoles cubrían sus cabezas con el gorro frigio, y echaban de las iglesias á patadas no solo á la fraileasca sino á la cleriguesca, dando vivas á Bartolite. Ya pensaba que con su *Diccionario crítico-burlesco* oscurecía á los mas ilustres filósofos que honraron el pórtico de Atenas: ya se ponían ante sus ojos las generaciones venideras, levantándole una estatua, como á la luz de la filosofía española, y colocando en la casa donde nació una inscripción que dijera, *Aquí Gallardete*, y en la tumba, soberbio mausoleo admiración de las edades, estotra *Al famoso Gallardete España y el mundo todo*.

Pero sucedió que como á las veces cazar pensamos, y cazados quedamos, alborotóse la clerecía y la no clerecía, y teniendo todos en la memoria que son útiles á las malas lenguas las tigreras, y que al bien bien, y al mal, yesca y pedernal, dieron con don Bartolo Gallardete y con sus filosofías en un castillo. Y como al matar de los puercos son los placeres y los juegos, y al comer de las morcillas los placeres y las risas, y al pagar de los dineros los pesares y los duelos, se acongojó temeroso del castigo por venir, porque al que mal vive, el miedo sigue. Pero luego trajo á las mientes que Voltaire estuvo tambien preso y que de los sabios eran las persecuciones. Al momento creyó que se llamaba Voltaire: que Cádiz se había convertido en París, y el castillo de Santa Catalina en la Bastilla. No pasó mucho tiempo sin que el filósofo Gallardete hallase consolacion en sus cuitas; pues al descalabrado nunca falta un trapo, que roto, que sano. Doncellas que como tales nunca dieron á luz los frutos de su vientre, y que jamás tuvieron que sacar por cosa alguna los colores á sus caras, mas arrebolada que los arreboles de la aurora acudían á aliviar las tristezas del filósofo Gallardete: el cual con su igualdad de ánimo en creerse Voltaire preso en la Bastilla, llamaba á las doncellas ángeles,

vestales, duquesas, archiduquesas y aun matronas griegas que por amor de la filosofía lo buscaban para coronar de laureles su cabeza, y para regar su lecho con delicadas rosas y blancas flores.

En el extremo de su agradecimiento se levantó una vez del trípode, dejó el palio de filósofo, tomó la lira de poeta y dirigió al coro de vírgenes, no del Señor, sino de los señores, estos siguientes versos:

Por puro *siempre* en mi fé,
y por cristiano católico
y romano y apostólico
firme *siempre* me tendré.
Aunque encastillado esté,
aunque mas los frailes griten,
y aunque mas se despepiten,
mientras que de dos en dos
en paz y en gracia de Dios
los ángeles me visiten (1).

Y sucedió una vez que se juntaron cuatro ó cinco de estos angeles, de faldas y arrebol, en la cárcel del filósofo y sobre quien se llevaba la presa se pusieron de maticandiles, de mulas del diablo, de trota conventos, de mozas del partido, de leonas, de lobas, de mugercillas de lacarreo, de ganadoras con sus cuerpos: hubo lo de agarrarse de los cabellos, lo de dar cachetinas, lo de sois hija de ninguno y muger de todos, lo de araña que te arañó otra araña como yo, y lo de yo me lo guiso y tú te lo comes.

Al estruendo de la vocería y de la azotaina, acudieron capitan, sargento, cabo y soldados, temiendo algun desastre, porque los gritos de las que hociaban para ser azotadas parecían salir de los profundos infiernos y los de las que hacían hociar y manejaban el zapato subían hasta las nubes. Gallardete en medio de esta tropelia decia con una calma filosófica estos versos.

Por el Dios, preciosas ninfas,
que tan bellas os formó
doléos de este cuitado
en vuestro amor abrasado:
y entre las cinco por Dios
como tan buenas hermanas
repartid mi corazon (2).

Quando entraron los soldados, un poco se serenó el tumulto. Las vestales se horrorizaron con la presencia de los aceros que empuñaban los hijos de Marte, y las iras, las rabias y los furores se trocaron en el recelo de que aquella gente desahorada se atreviese á poner manilla en el pudor que tambien habían ostentado. Preguntó el capitan á Gallardete, por qué consentía que aquellas damas anduviesen tan embravecidas y en guerra civil, y este respondió: No hay guerra aquí, señor capitan, sino una paz octaviana. Estas señoras son mis discípulas y mis d votas por el *Diccionario crítico-burlesco*, y vienen á esta Academia á aprender la filosofía que profeso. Ahora estaban dando una lección de moralidad y comunicándose unas á otras con gran calor los mas fuertes argumentos. No entiendo de filosofías, amigo Gallardete, respondió el capitan; pero si aquí hay paz, no es paz octaviana, ni aun la paz de Judas. Idos presto, grandísimas bellacas, y no volváis á este recinto, porque no están los palomos para que los coman las zorras. Dijo; y las palomas levantaron el vuelo con la misma presteza que si hubieran visto gavilanes.

Sabido el caso, y conociendo que era en gran autoridad de Gallardete el tenerlo en prisiones, pues el mal no estaba en lo escrito, sino en la cabeza que tal hizo escribir un día á la hora del anochecer, lo pusieron de patitas en la calle, echándolo á buscar la gandalla por esos mundos de Dios.

Y lo que aconteció despues, creo que deberá leerse en el siguiente capítulo.

(Continuará.)

TEATRO DE ORIENTE.

En el número 47 de LA ILUSTRACION, correspondiente al sábado 23 de noviembre de 1850, publicamos un artículo, en el cual hicimos con la imparcialidad y buena fé de que hace siempre alarde en todas las cuestiones este periódico, la descripción del Teatro Real, conocido entre las gentes por su primitivo nombre de *Teatro de Oriente*; nombre que le cuadra mejor por ser el que recibió en la pila cuando nació, y porque, á juzgar por la suerte futura que espera á tan costoso edificio, quedaria no muy honrado el segundo nombre y daría una idea triste de las cosas reales en España.

Con la franqueza propia de escritores, amantes de todo lo grande en la patria de Pelayo, aplaudimos que se hubiese concluido el edificio, porque de este modo nos acercábamos mas á la civilización de las demas córtes de Europa. Manifestamos entonces que hubier sido mas útil á la capital de los dos mundos dotarla de agua potable y de riego, que le hacia mas falta que el gran teatro, pensamiento acogido por el actual gobierno, y que le dará gran nombre al que lo lleve á cabo; é hicimos por último una breve reseña histórica de las vicisitudes que habian tenido los teatros de Madrid en los 282 años que cuentan de existencia, desde que en el reinado de Felipe II, el célebre *Lope de Rueda*, escribió y empezó á representar sus comedias en el modesto corral (llamado de la Pacheca) que había en la calle del Príncipe.

Pero lo decimos con pena; ya vaticinamos al Teatro de Oriente cuando se abrió, una vida muy efímera, porque es una quimera pretender que Madrid se iguale en población y riqueza á París y Londres, en donde, por la afluencia de extranjeros, se sostienen con algun trabajo los teatros montados bajo el pie de lujo con que se inauguró el de Oriente.

No podia suceder otra cosa: manifestamos entonces que por la altura y el lujo, ó mas bien despilfarro, á que se le habia querido elevar este teatro era imposible que pudiera estar abierto mas de un año, y el tiempo ha confirmado esta

(1) Esta endemoniada décima de Gallardete salió á luz en el *Diario Mercantil* de Cádiz el día 2 de mayo de 1842 y en el *Boletín General* el 3.

(2) Versos originales de una composición de Gallardete.

verdad; y no solo vemos realizado este presentimiento, sino que el tal teatro ha sido objeto de interpelaciones violentas en las cortes, y mas todavia el comenterio de la reputacion de muchas notabilidades politicas y el hundimiento de un gabinete.

Los ruidosas cuentas de mas de nueve millones de reales invertidos en la habilitacion del Teatro de Oriente están pendientes de la censura de las cortes; pero esta cuestion la pasamos por alto porque es agena de LA ILUSTRACION.

Vemos, sin embargo, que el genio del mal persigue á este edificio, porque como se encuentra con tres dueños, á saber: la villa, el patrimonio real, y el estado, ninguno tiene un dominio directo sobre él, y de aquí el abandono y el encogerse de hombros unos y otros, quedando como si fuera de bienes mostrencos.

No cabe duda que el Teatro de Oriente por su magnificencia interior honra la corte: el gasto que ha tenido su concision lo facilitó el tesoro público; con dinero del Estado se compró ademas todo el mobiliario, es decir, los espejos, cortinaje, arañas, ricos muebles para los gabinetes y salas de descanso. Pero de todo ello debió haberse formado un inventario formal antes de cerrarse, que respondiera en cualquier tiempo al que se creyera dueño ó empresario en lo futuro; pero ¿cuál ha sido el resultado de esta falta y mala direccion? que, segun anuncia la prensa, hubo algo parecido á los espolios de los obispos cuando morian antes del nuevo concordato (que ya se les permite testar) se han sustraído por persona incompetente varios muebles, espejos y otros objetos de lujo, de cuyo abuso parece que entiende ya la autoridad.

Se proclama con énfasis la pureza y la moralidad en el país, y se consienten desmanes de esta clase á vista del público: —Pues no conocen que mañana que se vuelvan á abrir las puertas del Teatro de Oriente, porque siempre no ha de estar cerrado, ha de ser necesario el mueblaje ahora obscurecido? En España, por desgracia, no aprendemos nada de la elocuente historia, ni conocemos mas que estrechos. —En el reinado de Felipe IV por solo sospecha de venalidad, se cortó la cabeza en la Plaza Mayor de Madrid al marqués de Siete Iglesias, y este ejemplo contuvo en los límites de la razon á los codiciosos de lo ageno contra la voluntad de su dueño. —¿Y qué sucede ahora? que todo queda impune y dá brios al menguado para disponer de lo que debiera respetar. Hubo un ministro que quiso proteger la escena, porque de este modo creia que alentaba las letras; y elevó los teatros á un lujo que no han podido soportar; y otro ministro, á la sombra de economías, ha cortado por lo sano dejando los teatros como antes estuvieron atendidos á sus propios recursos, es decir, los ha cerrado; tanto peca lo mas como lo menos, y por consiguiente debe interponerse un medio conciliatorio que no prive á la corte de las representaciones dramáticas y líricas en armonia con el adelanto y el gusto de la época.

Nuestro ánimo, al decir esto, no es censurar lastimando; es únicamente proponer el medio de lo que se debiera haber hecho y de lo que se debe hacer para que el gran Teatro de Oriente no venga á ser pasto de ratones, con mengua de la civilizacion, porque habiendo invertidas crecidas sumas en su conclusion y alhajamiento, no hay razon para consentir un espolio, ni menos para abandonarlo como cosa perdida.

J. L.

DEMENTES.

Algunos de los que en el dia se hallan en el hospital de... tienen manías muy particulares.

Un desgraciado profesor de jurisprudencia ha dado en la de que debia estudiarse bailando, y el infeliz cabriolea á cada renglon que lee, y se da tan terribles panzadas de mazurkas y schotis que da lastima y risa al mismo tiempo.

Otro se figura ser predicador, y noche y dia sermonea, encajando tal despropósito que solo de la boca de un loco pueden oirse.

Hay un demente empeñado en que es S. Rafael, en una jaula inmediata le compeñe con mucha formalidad otro que dice á cuantos pasan. «No ven ustedes como tiene la cabeza ese pobre! Si fuese S. Rafael, como dice ¿cómo lo ignoraria yo que soy S. Miguel y por consiguiente su jefe nato?»

Esto recuerda el cuento de los dos locos de Cervantes. Últimamente hay uno que se ha fijado en la estraña mania que el mundo no irá bien hasta tanto que los hombres tengan cuernos... y el infeliz se está palpando muy á menudo la mollera creyendo que le van apuntando.

¡Pobre!... y nunca habia sido casado!...

La verbena de San Juan.

Dos años hace me hallaba sentado con otros varios amigos en torno de un velador del elegante café del Espejo, para dar el último adiós á uno de ellos que debia marchar el día siguiente para Cádiz y desde allí Manila, donde acababa de ser destinado. Las nueve marcaba uno de los relojes del café y la sofocante pesada atmósfera que allí reinaba, íbase haciendo por momentos insufrible con la afluencia de gente, que á cada momento entraba para apagar su ardorosa sed con un sorbete ó un vaso de refresco, por lo que determinamos abandonar el velador y salir á respirar un aire si no puro y fresco, al menos no tan abrasador como el que en aquel momento amenazaba dejarnos asfixiados.

Ejecutado esto y reunidos ya en la calle nos disponiamos á dar el abrazo de despedida á nuestro amigo, cuando uno de los que allí se hallaban nos participó una idea que apoyó con las siguientes razones: «Señores, dijo á guisa de diputado que comienza su discurso en el Congreso, nuestro objeto al reunirnos en el café no ha sido otro que el de pasar algunos momentos en compañía del que pronto nos va á abandonar; para de este modo conservar con la memoria un recuerdo siempre grato de esta noche. Seguro estoy que todos deseamos prolongar estos instantes todo lo posible; si tal es nuestra intencion consagrémosle las horas que restan hasta el nuevo día; hagámoslas tan agradables que si alguna vez volvemos la vista al tiempo pasado sintamos un placer al recor-

darlas; ahuyentemos de la imaginacion cuantas ideas tristes nos pueden sugerir la separacion que dentro de poco debe verificarse. Estamos en el veinte y tres de junio; la verbena de san Juan nos brinda sus flores y sus rosquillas, sus albacas y sus buñuelos, sus músicas y sus frasquetes, sus cantos y sus bailes. Hoy todo es alegría, placer, broma, jaleo y algazara; todo el mundo trata de aturdirse y ahogar en la alegría general sus pesares y sus penas particulares. Ahoguémoslas tambien nosotros; no nos separemos, y á ese torbellino de luz, de ruido, de voces, de juramentos y de lágrimas; á esa bacanal desenfadada, reina soberana de esta noche, paguémosle en tributo esas horas que debieran correr para nosotros en el silencio y la soledad, ó á merced de algun aterrador ensueño que pudiera escitar en nosotros penosos recuerdos.»

Así habló nuestro amigo, y todos á una voz convinimos en que la idea era excelente y por lo tanto no debia demorarse un solo momento el ponerla en planta. Hizose la reparticion del tiempo segun pareció mas conveniente, y vosotros me permitireis, queridos lectores, que siguiendo los recuerdos de aquella noche, mi mal tajada pluma os dé una idea de la fiesta y de los incidentes que mas comunmente la adornan. Concededme pues, vuestra atencion, y si al finalizar el presente artículo os sentis cansados, sed indulgentes teniendo en cuenta que el solo deseo de agradaros me mueve á escribirlo.

No trataré por cierto de buscar á guisa de erudito el origen de una fiesta que se pierde en la noche de los tiempos; origen sujeto á mil interpretaciones distintas y que cada cual espresa á su manera segun lo comprende, segun lo imagina, segun lo ha leído, ó segun lo ha oido contar á sus abuelos. ¿Quién sabe, que podria decir, afirmar ó negar con exactitud que el sagrado muerdago de los Druidas no fuera la verbena de nuestras dias, práctica religiosa, que cual otras muchas de las religiones antiguas, alterada y desfigurada por los siglos haya llegado á nosotros tal como hoy existe? Las costumbres son la segunda religion de los pueblos; caminan al par de estos al través de las edades y se alteran, modifican y desaparecen segun los acontecimientos que tienen lugar posteriormente, y segun el dominio que las creencias de otra religion distinta ejerce sobre esos mismos pueblos.

No me detendré tampoco á contaros las tradiciones de que esta noche es objeto. ¿Quién, cuando niño, no ha escuchado con placer esas consejas contadas al amor de la lumbre por alguna anciana, recostado en los brazos de su nodriza ó medio dormido en el regazo de su madre? ¿Quién de nosotros en su infancia no habrá puesto á media noche un huevo en un vaso de agua, con la esperanza de hallarlo transformado al rayar la aurora del siguiente dia en un hermoso barco con sus mástiles y antenas, sus jarcias, su timon y sus velas hinchadas por el viento? ¿Quién no sabe la fé con que los rústicos pastores de algunas comarcas llevan á bañar sus ganados por creer que las aguas de los rios tienen esta noche la virtud de preservarlos de la peste ó de la epidemia? Nunca lograreis disuadir á las sencillas y religiosas mugeres de nuestras aldeas del error en que se hallan cuando afirman ver en el luminoso disco del sol naciente de este dia la imágen de la rueda en que padeció tormento Santa Catalina, y las hermosas jóvenes de Andalucía no dejarán de poner en su jofaina yerbas aromáticas para que el agua en que estuvieron en infusion toda la noche torne su tez al lavarse al dia siguiente mas suave, mas fresca, mas brillante.

No os referiré la romería á que da objeto esta fiesta en la inmortal Zaragoza, ni las picantes aventuras á que dá margen en la hermosa ciudad del Betis. Le contaré tal como la he visto en Madrid, tal como la comprenden, si comprenderse puede, que bailar, correr, gritar, cojer una borrachera ó indigestion, sean el medio mas seguro y mas propio de santificar las fiestas.

Madrid es el pueblo gastronómico por excelencia: él ha inventado para cada santo un manjar, una golosina con que hacerlo mas notable. Así en la páscoa de Navidad se atraca de pavo y de turrón en celebracion del nacimiento del Hombre Dios, coje una turca soberana en honra y gloria de su patron san Isidro, á san Anton lo convierte en panecillos mas ó menos delicados, y el primero de noviembre, el dia de Todos Santos lo ha hecho sinónimo de los buñuelos y de los puches. Como católico apostólico romano por excelencia, ha multiplicado las fiestas hasta el infinito: como gloton sin segundo, ha puesto su apetito en razon directa del número de fiestas. Para él donde se verifique una de estas tiene que haber comida, donde no haya comida no puede haber fiesta.

Dejando á un lado principios de tal solidez que nadie creo se atreverá á negarlos, volveré á mi asunto, del cual con vuestro permiso, caros lectores, me he apartado un momento. Volveré á esa noche en que todos se afanan por bajar al Prado, en que las jóvenes siempre espirituales en sus gustos, instan á sus padres para que las lleven á la Plaza Mayor donde comprarán un ramo de flores ó el indispensable tiesto de albaca, en que el honrado matrimonio, modelo de paz y de comodidad, sacrifica un par de horas de su sueño ordinario por no faltar á la costumbre establecida, y en la que el atolondrado estudiante no dejará de comprar las célebres rosquillas de Fuen Labrada y un frasquete de rosa, con lo que piensa obsequiar á la maliciosa modistilla engalanada esta noche con su traje de los domingos.

Puesto que ya es la hora convenida, permítame, lector, que me dirija con mis amigos que há rato me esperan hácia la Plaza Mayor, donde tú tendrás la bondad de seguirme y yo la complacencia de explicarte lo que en ella vea.

Raro por demás y sorprendente es el aspecto que presentaba á primera vista. Alrededor de los portales enfrente de la panadería, álzase una porcion de mesas cargadas de santos de barro, en torno de las cuales se apiñan una porcion de muchachos que miran con ojos envidiosos á otro mas afortunado que ellos, á quien su madre acaba de comprar un pedazo de arcilla que represente á san Juan, ostentando á su lado un copito de algodon que figura un corderito, bella escultura, á la cual se le pudiera aplicar muy bien el epigrama de Villergas:

Cierto escultor afamado
pero de génio travieso,
lizo un san Anton de yeso
poniéndolo san cerdo al lado.

Y entrambos en un renglon
esplicó prudente y cuerdo,
cuál de los dos era el cerdo,
y cuál de ellos san Anton.

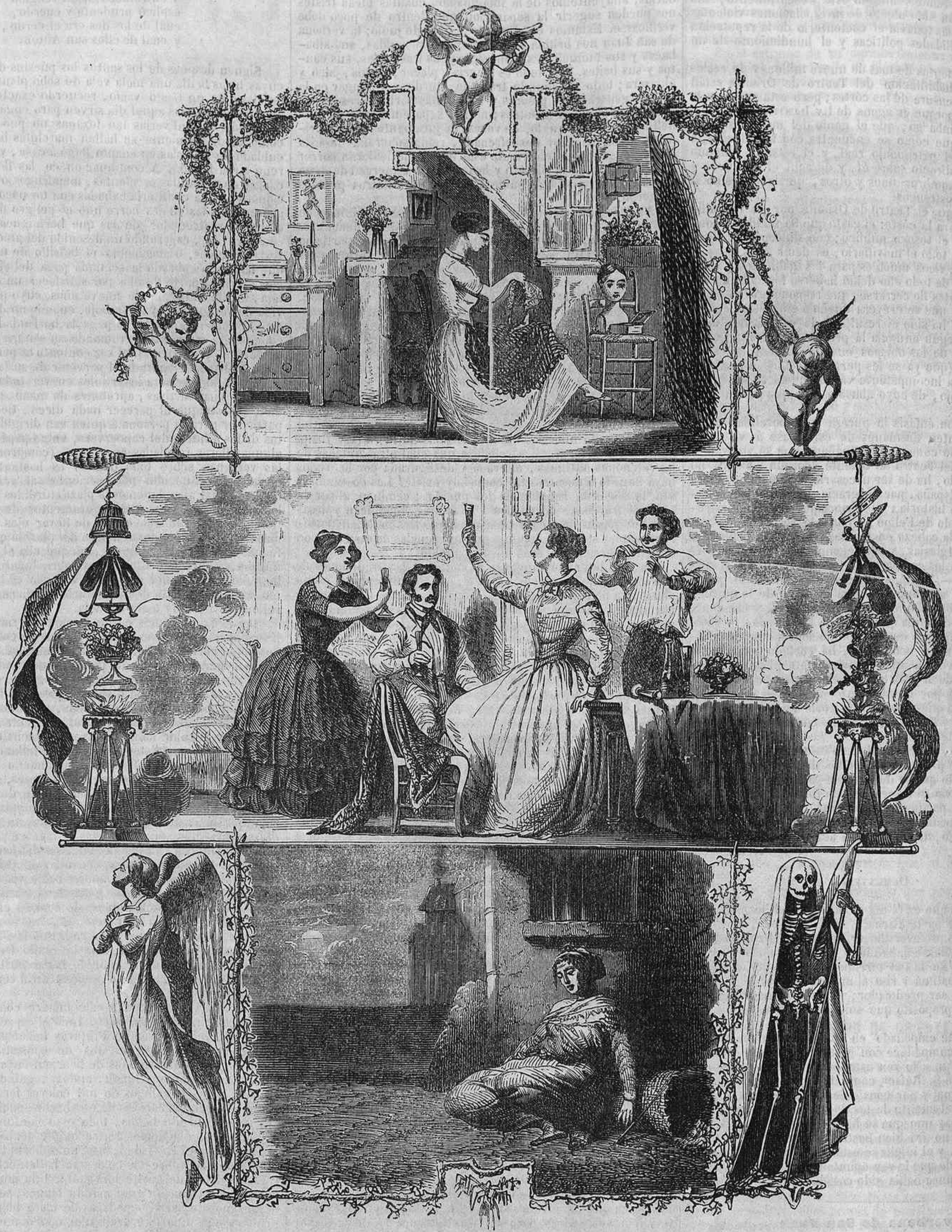
Siguen despues de los santos los puestos de flores, entre cuyas hojas brilla una mala ve'a de sebo plantada á manera de clavel en un tiesto vacío, recuerdo exacto de otras muchas que plantadas aquel dia sirven para engañar al confiado comprador que al verlas tan lozanas no puede comprender cómo al dia siguiente se hallan marchitas habiendo tenido cuidado de regarlas en cuanto llegó á casa, y dejarlas al sereno en el balcon. A continuacion de las flores siguen las cargas de rosquillas excelentes, mendrugos ó migajas de los cajones de una confitería bañadas con un poco de almidon y azúcar, con las cuales corre uno el peligro de quedarse sin dientes, y alrededor de las que hormiguan los pilluelos con ojo avizor, esperando un descuido del amo para escamotearle algunas, ó acechando el bolsillo de una pobre viuda que habiendo cobrado la segunda paga del año el dia anterior sacrifica parte de ella por satisfacer un capricho de su hija, infeliz huérfana de nueve años, cuyo porvenir es una vida de resignacion y de trabajo, cuando no de miseria, gracias al gobierno que no le paga la horfandad que para ella conquistara su padre derramando su sangre en los campos de batalla, y muriendo tal vez contento al pensar en su agonia que dejaba asegurado el porvenir de su familia.

Cerca de una hora invertimos en ver todo esto, en sorprender señas furtivas, apretones de mano, palabras cortadas, que aunque al parecer nada dicen, tienen su sentido particular para la persona á quien van dirigidas; flores y citas dadas á hurto del canchero, vulgo papá, y en comprar algunas flores regaladas en el acto, (compromisos que traen las verbenas sobre todo cuando es bastante numeroso el círculo de conocidos pertenecientes al género femenino) hecho lo cual abandonamos la plaza aturridos por los gritos de los vendedores, y los votos y juramentos de los que habian tenido el imperdonable olvido de llevar ojos de gallo á esta clase de funciones, los renegos del marido que se veia á la fuerza separado de su muger, aunque ella al parecer no negaba, y los lamentos de un pobre lugareño á quien un honrado tomador del dos habia aliviado el bolsillo del peso que indudablemente debia causarle una hermosa piel de gato rellena de no muy mala moneda.

Desde la plaza nos encaminamos al Prado por medio de las comparsas que con grandes faroles de colores, y precedidos de su correspondiente música, marchaban á paso redoblado á tomar posesion del paseo. Dando codazos y empujones á diestro y siniestro, pudimos llegar á conquistar un sitio junto á la verja que divide el paseo de los carruages el desde allí subidos sobre unas sillas, pudimos contemplar con toda comodidad aquella multitud compacta que llenando el salon se veia subir como una marea creciente y desbordada, en los paseos inmediatos, ahullando, chillando, dando voces ó lanzando gritos desaforados ó entonando con voz aguardentosa canciones mas ó menos decentes, segun el estado del que las cantaba. Veíase el salon lleno de corrillos donde al son de unas castañuelas y una destemplada guitarra bailaban personas de todas edades y sexos, mezcladas, confundidas, revueltas, cuyas cabezas se mantenian vacilantes sobre los hombros, no por la agitacion del baile, sino por las repetidas libaciones hechas con un Valdepeñas, á quien por haber sido demasiado cristiano se habia visto obligado el tabernero á añadirle algunas gotas de aguardiente. En medio de esta estraña mezcla, oíanse de cuando en cuando groseras frases, ó se veia caer rendida, inerte alguna muger á quien el Dios Baco habia prodigado sus favores. Entonces la turba que la rodeaba, aplaudia lanzando frenéticas carcajadas ó silvaba con furor segun le habia gustado la facundia del orador ó el modo mas ó menos teatral con que habia caído la muger.

Volviendo la espalda á este cuadro contemplamos otro no menos animado y grotesco. Todo el espacio que media del Dos de Mayo al Museo de Pinturas hallábase obstruido por multitud de mesas ó puestos de comestibles. Aquí una mesa cargada de frasquetes de licor, en cuya etiqueta se lee, ron, perfecto amor, limon, andaya, guinda, agua de oro ó plata, y cuyos reflejos de mil colores forman una bonita vista, allá sendos barriles de escabeche, aquí una confitería, allí un puesto de bollos, todo esto confundido, mezclado sin órden ni concierto. Entre lo que acabamos de decir y para adornar el cuadro alzáse unas hornillas improvisadas el mismo dia, sobre las cuales se hallan colocadas grandes calderas llenas de aceite hirviendo. Una muger colocada al lado cubierta con un gran mandil blanco, se ocupa en sacar de un enorme barreño pedazos de masa blanca que en sus manos toman una figura circular mas ó menos perfecta, y van á parar á la caldera, donde por lo regular un chico armado de unas largas agujas de hierro les da dos ó tres vueltas y las pasa así ensartadas á una mesilla cercana, en donde una jóven, hija por lo regular ó parienta de la del mandil blanco, los ensarta en hilos de esparto repartiéndoles, mediante su correspondiente retribucion entre la gente que se agrupa á su alrededor. Iluminan la escena una porcion de farolillos ó la vacilante llama de los hachones de viento, á cuyo trémulo resplandor todas aquellas personas cubiertas de polvo y de sudor, á cuyas caras presta un color muy subido el rojizo reflejo de las hogueras, pregonando á grandes gritos sus géneros y apiñándose unas sobre otras para comprarlos, parecen una legion de demonios que agitan en sus manos útiles destinados al tormento. Completa la decoracion de este verdadero pandemonium, una atmósfera pesada, sofocante y una opaca nube se estiende por encima á manera de toldo formado por el polvo mezclado al humo producido por el aceite, la leña y los hachones.

La reunion de estos cuadros formaba un espectáculo digno de admirarse; jamás en saturnal romana reinó tal bullicio, tal confusion; tal embriaguez, tal locura. A do quiera que se volvian los ojos, allí bailes, risas, cantares y fiesta, donde quiera una muchedumbre ébria de alegría que en incansante vaiven se empujaba, se atropellaba, descansaba un momento y volvía de nuevo y con incansante afán á su aturdimiento y á su faena continua. Hombres con la cara amoratada y las pupilas centelleantes, mugeres con el cabello en desórden,



La vida de Maria.

pálido el rostro y las mejillas encendidas, verdaderas bacantes de ronca voz y maneras descompuestas; jóvenes enamorando á cuantas hermosas encuentran al pasar, niñas de blanca tez y de sedosos cabellos, que cual immaculadas azucenas ostentan su pura faz en medio de rostros purpúreos y descompuestos, ébrios de amor, de vino y de locura. Por encima de este mar de cabezas y en medio de esa nube de polvo y humo lanzan los reberberos brillantes resplandores que llegan á iluminar esta nueva babel, cuyo atronador ruido se mezcla con el susurro de las hojas movidas por el viento. Las copas de los árboles forman una bóveda oscura y misteriosa sobre la cual se estiende el espacio y á su estremo esa otra bóveda azul limpia y serena, sembrada de refulgentes estrellas.

Desde el Prado nos dirigimos al Botánico, el cual presentaba un aspecto muy distinto. Aquí no hay bailes, ni algazara, la gente se halla mas tranquila, el amor reemplaza al baile, y el murmullo de la conversacion algun tanto anima-

da que sostienen las numerosas parejas que allí descansan dulcemente al estruendo y los gritos que nos habian ensordecido poco antes.

Como te creo ya cansado, amable lector, te diré solamente que lo que has visto á la una de la noche, verás á cualquier hora, no hay mas diferencia que á proporcion que las horas pasan, el estrepito crece, los bailes se aumentan, se derrama mas vino, y como consecuencia natural de esto suele haber alguna pendencia, algun accidente trágico, que sirve digámoslo así para poner en relieve y hacer resaltar con mas fuerza el bajo cómico director de escena en esta clase de fiestas.

La venida de la aurora, cambia el aspecto de la escena y pone término á la embriaguez y á la febril animacion de la noche. A su resplandor las luces se apagan, los bailes se concluyen, la muchedumbre se dispersa, y los languidos acentos de las músicas que poco antes animaban con sus alegres ecos el salon del prado, vánse perdiendo poco á poco en el laber-

rinto de calles de la capital anunciando á sus honrados vecinos la llegada del nuevo dia y la conclusion de una fiesta cuyo insolente estruendo no les ha dejado en toda la noche cerrar los ojos.

No te hago ¡oh lector!.. la ofensa de que nos juzgues personas de tan mal gusto á mis amigos y á mí que nos estuviéramos en el Prado hasta ver terminada la funcion. Nada de eso, nos despedimos de él con bastante anticipacion para dirigirnos á los Andaluces donde nos esperaba una magnífica cena. Y... ahora recuerdo que si te la refiero te puedo dar un mal rato, lo cual estoy tan lejos de desearte que á las siete de la mañana dimos el último adios á nuestro amigo, el cual no dudo habrá conservado allá á cinco mil leguas de distancia, lejos de sus compañeros de verbena, un recuerdo tan grato como el que nosotros conservamos de la velada de San Juan.

EUGENIO MARIA CUENDO.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.